



AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del cuerpo de Cristo
EDICIÓN DIGITAL · N° 99 · ENERO 2026

La Cruz de Cristo

El escándalo de la Cruz
Llamados a vivir para Cristo
Una puerta de esperanza hacia la gloria
Valorando la Cruz en nuestras vidas
Nuestra comunión con la Cruz

LEGADO

La tristeza de la Cruz convertida en gozo
El significado de la Cruz de Cristo

ESTUDIO BÍBLICO

Juan capítulo 1

VIDA CRISTIANA

El ascetismo

www.aguasvivas.cl

La obra de la Cruz

Todo lo que ocurrió en la Cruz, aquel día en el Gólgota, fue tan extraordinario que no existe momento en la historia de la humanidad que sea más trascendente y relevante. Cuando nos detenemos a contemplar la cruz de Cristo, vemos su eterno valor y su gloria, su poder y belleza, la justicia y la misericordia. Podemos darnos cuenta, sin lugar a dudas, que la obra de Cristo en la cruz «es suficiente para salvar completa y perfectamente al más vil pecador».

La cruz es una obra exclusiva de Dios. En la cruz, el hombre no tiene participación alguna; es algo que nace en Dios y es realizada por él. Tal como atestiguan las Escrituras, fue Dios quien decidió que la cruz fuese el medio por el cual el hombre se reconcilie con él, pero que además sea el principio que gobierne la vida completa de los hijos de Dios.

En la presente edición disponemos mensajes impartidos en los Retiros de verano del año 2025, cuyo tema central fue «La obra de la Cruz». Son temas que nos ayudarán a profundizar y meditar sobre este asunto tan relevante para la vida cristiana. Junto a ellos, también publicamos las secciones de Legado y Estudio Bíblico, que siguen la misma línea temática.

Queridos lectores, oramos para que esta publicación, usada por el Espíritu Santo, contribuya a vuestra edificación y fortaleza. ¡Jesucristo es el Señor!

ÍNDICE

TEMA DE PORTADA

El escándalo de la Cruz. Rubén Chacón.....	3
Llamados a vivir para Cristo. Alexis Vera.....	12
Una puerta de esperanza hacia la gloria. Rodrigo Scheuermann.....	22
Valorando la Cruz en nuestra vida. Álvaro Astete.....	32
Nuestra comunión con la Cruz. Cristian Rojas.....	41

LEGADO

La tristeza de la Cruz convertida en gozo. C.H. Spurgeon.....	51
El significado de la Cruz de Cristo. J.C. Ryle.....	63

ESTUDIO BÍBLICO

Y aquel Verbo fue hecho carne. G. Campbell Morgan.....	68
---	-----------

VIDA CRISTIANA

El ascetismo. Watchman Nee.....	76
--	-----------

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

EDICIÓN DIGITAL · N° 99 · ENERO 2026

COLABORADORES

Rubén Chacón, Alexis Vera, Rodrigo Scheuermann, Álvaro Astete, Cristian Rojas

EDICIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete, Mario Contreras

TEMA DE PORTADA

La cruz de Cristo, motivo de tropiezo para el mundo, es el mayor testimonio del amor y de la gracia que justifican al pecador por medio de la fe.

El escándalo de la Cruz

Rubén Chacón

«Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz» (Gál. 5:11).

La epístola de Pablo a los Gálatas, capítulo 5 versículo 11, es un texto un poco extraño, donde el apóstol está hablando, y dice: «*Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz».*

La versión NTV dice: «*Amados hermanos, si yo todavía predicara que ustedes deben circuncidarse –como algunos dicen que hago–, ¿por qué, entonces, aún se me persigue?».*

O sea, algunos acusaban a Pablo de que predicaba la circuncisión. «*Si fuera cierto*», dice Pablo, «*¿por qué, entonces, aún se me persigue? Si ya no predicara que la salvación es por medio de la cruz de Cristo, nadie se ofendería».*

En este versículo de Gálatas 5:11, hay algunas cosas que de inmediato llaman la atención. «*Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión...».*

¿Qué significa predicar la circuncisión? ¿Y por qué si el apóstol predicara la circuncisión, ya no habría motivo para perseguirlo? ¿Y por

qué predicar la circuncisión significaría, como dice al final del verso 11, quitar el tropiezo de la cruz? Son cosas que saltan a la vista y surgen como preguntas.

La versión Reina Valera traduce *tropiezo*, en cambio la NTV dice *ofensa*. O sea, que la cruz puede hacer tropezar o puede ofender. Y la palabra griega, que en la RV se traduce como *tropiezo*, y en la NTV se traduce como *ofensa*, es *skáandalon*, que nosotros usamos en español con el término *escándalo*.

Si juntamos los tres términos, diríamos que la cruz puede resultar ofensiva y escandalosa. Y me anticipo a decir que, para la naturaleza humana caída, la cruz, a pesar de toda su belleza, puede resultar un tropiezo, una ofensa y un escándalo. Y tendremos que ver por qué razón puede ocurrir esto.

Las iglesias en Galacia

Para tal efecto, miremos el contexto de la carta a los Gálatas, que probablemente haya escrito Pablo años después de que estuvo predicando en la región de Galacia.

Después que él estuvo allí plantando iglesias, se han sumado otros personajes, conocidos como *judai-zantes*, que llegaron a pervertir el evangelio de Cristo anunciado por

Pablo; y eso lo motivó a escribir esta carta para que los hermanos volvieran a la senda correcta.

El saludo de Gálatas 1, dice: «*Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos), y todos los hermanos que están conmigo, a las iglesias de Galacia*». Esta no es una carta a una asamblea local, sino una circular a varias iglesias. Y, cuando Lucas escribe el libro de los Hechos, relata lo que ocurrió en algunas de estas iglesias.

A partir de Hechos capítulo 13, Lucas nos relata el primer viaje apostólico del apóstol Pablo por aquella región, un viaje de alrededor de dos años en que él recorrió aquellos lugares, predicó el evangelio y plantó a lo menos cuatro iglesias: Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe. Ahora, más interesante es que en una de ellas, Lucas registró lo que predicó el apóstol Pablo – en Antioquía de Pisidia.

El verdadero evangelio

En Hechos 13, desde el versículo 16, está registrada la predicación de Pablo en esta localidad. Esto nos permite conocer cuál era aquello que él llama el verdadero evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Al

conocer cuál era este evangelio puro, podemos darnos cuenta qué significa tergiversar o pervertir el evangelio por parte de falsos predicadores a quienes él acusa.

Antes de leer el final en los versos 37 al 41, resumo lo que dice Pablo en todo el sermón. Él comienza hablando de la historia de Israel, y se remonta hasta los tiempos en que Israel estuvo esclavo en Egipto, pero Dios los sacó de allí con mano poderosa, los llevó por el desierto y les entregó en herencia el territorio de siete naciones de Canaán.

Luego dice que les dio jueces por alrededor de 450 años, para que gobernarán al pueblo. Entonces Israel pidió rey, y Dios les dio a Saúl, el primer rey. Y, después de éste, Dios levantó a David por rey. Y cuando Pablo llega a la mención de David, enlaza de inmediato con el Señor Jesucristo: «*De la descendencia de este, y conforme a la promesa, Dios levantó a Jesús por Salvador a Israel*» (Hech. 3:23).

Entonces comienza a relatar un poco la historia de Cristo; cómo Juan el Bautista preparó el camino al Señor, y cómo los gobernantes y los principales de Israel no lo reconocieron como su Mesías y lo crucificaron, y fue sepultado.

Pero, al tercer día, Dios lo levantó de entre los muertos, y no solo lo resucitó, sino que este poderoso Salvador no vio corrupción. ¡Bendito sea el Señor!

Versículo 37: «*Mas, aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción*». Y el versículo 38 concluye: «*Sabed, pues, esto, varones hermanos...*». Y aquí está el asunto al cual Pablo quería llegar: «*...que por medio de él se os anuncia perdón de pecados*». Y el verso 39 es el clímax: «*...y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree*». ¡Aleluya, qué tremenda noticia!

Los destinatarios de esta buena noticia

Nosotros no podemos valorar realmente el impacto del evangelio que predicaba Pablo, sin considerar el contexto. Él estaba predicando en Antioquía de Pisidia, y no en cualquier lugar, sino en la sinagoga!

¿Quiénes son los que están oyendo? Allí hay unos pocos gentiles, convertidos al judaísmo, pero en su mayoría la gran asamblea es judía. ¿Y qué significa eso? Los judíos eran un pueblo que por 1500 años había estado bajo la enseñanza de la ley de Moisés. De generación en

generación, se les había enseñado que, para alcanzar la salvación y la justicia divina, había que guardar los mandamientos de Dios.

La ley contenía alrededor de 613 mandamientos, y la orden que se enseñaba de padres a hijos, de abuelos a nietos, era que, guardando los mandamientos, obedeciendo la ley de Dios, entonces, únicamente de esa manera, se podía alcanzar la vida, la salvación y la aprobación del Señor.

Todos ellos entendían que la salvación era por obras, que la salvación se alcanzaba, guardando los mandamientos, obedeciendo la ley.

Pablo dice que la ley no es de fe, porque la ley dice: «Haciendo estas cosas, vivirás por ellas».

Ahora, imaginemos esa audiencia donde todas las personas creen así, fueron enseñados de esa manera, y viene Pablo y les dice: «¡He aquí, Dios ha levantado un Salvador! ¡He aquí, por medio de él, ustedes pueden ahora mismo recibir el perdón de sus pecados! ¡Si tan solo pueden creer en él, eso es suficiente! ¡Sepan que ahora, por el solo hecho de creer en él, ustedes pueden alcanzar la justicia de Dios!».

Si esas personas estaban dispuestas a creer al evangelio de Pablo, a

La cruz es suficiente, la obra de Cristo es suficiente para salvar completa y perfectamente al más vil pecador.

lo menos, tenían que preguntarse: «¿Qué pasa aquí? ¿Cómo es que por 1.500 años nos han enseñado de una manera, y ahora viene este hombre con esta locura y nos dice que es suficiente con creer?».

Un mensaje extraordinario

Luego, termina con una advertencia a toda esa asamblea: *«Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas».* Y cita al profeta Habacuc. *«Mirad, oh menoscapiadores, y asombraos, y desapareced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contare».*

Así de extraordinaria y de maravillosa es la obra de la cruz. Así de maravilloso es el evangelio de la cruz; es tan extraordinario que, aunque alguien te cuente sobre esto, será difícil de creerlo.

¿Qué era lo asombroso para esa asamblea de judíos? Que ya no había que esforzarse, que ya no había que seguir intentando obedecer lo que nunca pudieron hacer de manera perfecta; que bastaba ahora sólo con creer en Jesucristo.

Nosotros también hemos creído, y, por creer en él, hemos recibido el perdón de nuestros pecados y la justicia de Cristo. ¡Bendito sea el Señor!

¿En qué consiste la justificación?

Así lo explica el propio Pablo en Romanos 4:5: «*Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia*».

En la versión NVI, queda un poco más claro. Dice: «*Sin embargo, al que no trabaja, sino que cree en el que justifica al impío, se le toma en cuenta la fe como justicia*». Eso es ser justificado delante de Dios.

¿Qué hay que hacer para ser justificado delante de Dios? Creer. ¿Y qué pasa cuando crees? Equivale a haber hecho toda la justicia que Dios demanda de ti.

Hay un intercambio aquí, una equivalencia. Lo que tenemos que hacer nosotros es creer. Y, por el he-

cho de creer, esa fe nos es contabilizada como haber hecho toda la justicia que Dios nos demanda. ¡Qué maravilloso!

¿Qué haces tú? Solo creer. Y, delante de Dios, apareces como habiendo guardado todos los mandamientos, con una justicia tan perfecta como la de Cristo. Pero tú no hiciste ninguna obra de justicia, ningún acto de justicia; solo has creído en Jesucristo, y Cristo ha sido hecho tu justicia.

Por el solo hecho de creer en él, has sido justificado ante Dios. Tu fe se te ha contado como justicia. ¡Gloria a Dios! Somos perfectamente justos delante de Dios, y todo lo que hemos hecho es creer.

Creer

Nuestra naturaleza humana nos dice: «¿Y dónde está la participación humana aquí?». La participación humana está muy clara. ¿Cuál es la parte que tenemos que hacer nosotros? Creer. Por ello dice: «En él es justificado todo aquel que cree». Y qué importante que diga «todo». No deja a nadie afuera.

Nuestra participación es creer. ¿Has creído en el Hijo de Dios? ¿Has creído en la obra de la cruz? ¿Has creído en el Señor Jesucris-

to? Entonces iestás justificado delante de Dios, con una justicia perfecta! Cristo es tu justicia delante del Padre.

«*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree....*». Otra vez tenemos aquí la frase. No es solo un versículo; está por todo el Nuevo Testamento. «*para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna*».

«No me avergüenzo del evangelio». ¿Por qué? «Porque es poder de Dios para salvación a **todo aquel que cree**». Creer es suficiente.

Los judíos, siempre enseñados por la ley, vinieron a Cristo. «*Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?*». ¡Qué terrible lo que vivían ellos! Se esforzaban, eran sinceros. «Señor, tú podrías darnos la clave. ¿Cómo podemos dar en el blanco?».

Y la respuesta de Cristo fue: «*Esta es la obra de Dios*». ¿Cuál? «*Que creáis en el que él ha enviado*» (Juan 6:29). ¡Aleluya! «*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa*» (Hech. 16:31). Por gracia somos salvos por medio de la fe; por gracia somos salvos, y esa salvación se recibe por medio de la fe.

Este es el evangelio que predicaba Pablo: «*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios*» (Rom. 5:1). ¡Gloria a Dios! ¡No se necesita más! Es bueno recordar el evangelio puro, el evangelio verdadero, donde el Señor lo ha hecho todo y a nosotros nos resta algo –porque hay participación nuestra–, pero la participación es creer, y nada más que creer, para ser justificados delante de él.

Uno que fue justificado por la fe

Pensaba, al preparar esta palabra, dónde encontrar el mejor ejemplo de un salvado que fue justificado por solo creer. ¿Cuál podría ser? El ladrón, el segundo malhechor en la cruz, aquel que al comienzo también blasfemaba contra Cristo, pero algo le pasó mientras estaba crucificado. En las primeras tres horas de crucifixión, el pueblo insultaba a Jesús, blasfemaba y se burlaba. Pero no solo el pueblo, sino también los gobernantes, los soldados y los principales sacerdotes. Por lo tanto, ambos ladrones también empezaron a maldecir y a reírse de aquel que estaba en medio de ellos, el Hijo de Dios, nuestro bendito Señor Jesucristo.

Este malhechor oyó la primera declaración que hizo Jesús. De repen-

te, él escucha a Jesús decir: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Luc. 23:34). ¿Creen ustedes que esas palabras dichas por Jesús tuvieron un efecto en este malhechor? Por supuesto que sí.

Él mismo estaba maldiciendo, hablando contra Jesús. Y tiene que haber empezado a decir: «¿Quién es éste que reacciona así? ¡La naturaleza humana no reacciona así!». Y en lugar de escuchar de Jesús quejas o burlas, o de responder airado, dice: «*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*». El ladrón tiene que haber meditado en eso: «¿Quién es éste que está crucificado a mi lado?». Y éste era nada menos que el Hijo de Dios. Y la luz comenzó a entrar en él. ¡Bendito sea el Señor!

Quizás vio el título del madero donde se colocaba el nombre y la causa de la muerte: «*Jesús nazareno, rey de los judíos*» (Juan 19:19). ¡Qué tremendo! A Jesús lo crucificaron por lo que él era; efectivamente, él era el rey de los judíos. A medida que fue entrando la luz, este malhechor entendió: «Este hombre es distinto; no responde la maldición con maldición». ¡Y entonces vino la luz del Espíritu Santo, y entendió que Jesús era rey!

¿Cómo sabemos que se le reveló que Jesús es el Rey de reyes y el Señor de señores? Porque le dijo a Jesús: «*Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*» (Luc. 23:42). Y Jesús no le dijo: «Espera hasta que yo resucite, o hasta que venga en mi segunda venida». No. Él le dijo: «*De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Luc. 23:43).

Quienes estudiamos la Biblia nos preguntamos: ¿A dónde fue Jesús apenas murió? No lo sabemos exactamente; pero una cosa sí sabemos: que él fue con el malhechor. A dónde haya ido, no fue solo; lo llevó con él. «*Hoy estarás conmigo en el paraíso*». ¡Aquel hombre fue salvo! ¿Y por qué es tan impresionante este ejemplo? Porque él no alcanzó ni a bautizarse en agua, no alcanzó a deshacerse de ningún hábito pecaminoso. Él no vivió nada de eso, no alcanzó a guardar ningún mandamiento. ¡Y está perfectamente salvado!

Creo que él quedó tan perfectamente salvado como el apóstol Pablo. Por supuesto, en otras cosas se diferencian bastante: Pablo pudo vivir la vida cristiana y alcanzar muchas cosas que el ladrón no; pero, en cuanto a la salvación, el ladrón quedó perfectamente salvado, como tú y como yo. Es el ejem-

plo más extraordinario. ¿Cómo fue salvado? Solo creyó.

La revelación va al corazón

Ahora, nosotros diríamos: «Pero ¿dónde se dice que recibió a Cristo como su Salvador personal?». Jesús supo lo que había en el corazón del malhechor, cuando éste le dijo: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». Jesús pensó: «A éste se le reveló quién soy yo, y eso es suficiente». Así que le dijo: «Ven, hoy estarás conmigo en el paraíso». ¡Bendito sea el Señor! ¡Qué glorioso es el evangelio de Jesús!

Pervertir el evangelio

Regresemos a Antioquía de Pisidia. ¿Cómo reaccionaron los judíos al mensaje de Pablo? La lógica humana nos dice que debieron haber dicho: «¡Esto sí que es extraordinario!». Debieron haber creído y haber convertido esa sinagoga en una fiesta. ¿Fue esa la reacción? No, no les gustó. Rechazaron el mensaje.

Y no solo lo rechazaron. En Hechos 15 vemos que los judaizantes llegaron a Galacia a pervertir el evangelio de Cristo. Pablo nos aclara qué significa esto en Hechos 15:1. Como aquellos que creyeron fueron especialmente los gentiles, los judaizantes fueron a ellos y les dijeron: «Es bueno que hayan creído, pero esa

no es toda la verdad. Si no se circuncidan, no pueden ser salvos».

¿Qué están diciendo? «Cristo no es suficiente. Es Cristo, y algo más». Y esto está en la naturaleza humana. Es una tendencia de la naturaleza humana querer añadir algo, porque no puede ser tan fácil. Así que la tendencia es agregarle algo. «Sí, es Cristo, pero más la circuncisión; o si no, no pueden ser salvos».

Solo Cristo es suficiente

Durante toda la historia de la iglesia ha habido que luchar, porque, para muchos, Cristo no es suficiente, la cruz no es suficiente – hay que agregar algo. Hoy día, por ejemplo, hay algo que parece tan espiritual: «Para ser hijo de Dios, debes creer en Cristo, pero además debes tener la doctrina correcta». Es Cristo más la doctrina. En ningún lugar aparece eso, en todos los textos citados solo dice: «Creer en Jesucristo».

Querer añadir algo a la obra de Cristo, a la cruz de Cristo, es pervertir el evangelio. ¿Podemos digerir esto? La herejía es, precisamente, querer añadir algo a la suficiencia de la cruz. ¡La cruz es todo suficiente para salvarnos! Y Pablo, viendo que le agregaban algo al evangelio, escribió a los gálatas, enojado.

En Gálatas 5 vemos cómo responde a éstos que llegaron a los gálatas para decirles que creer en Jesucristo no era suficiente: «*Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud*». Que el Señor nos guarde, para que no pongamos yugo sobre los redimidos, de ningún tipo. Algunos les ponen yugo sobre la vestimenta, otros les ponen el yugo de la doctrina: «Si no crees esto, no eres hijo de Dios».

«*He aquí, yo Pablo os digo que, si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo*» (Gál. 5:2). ¿Notan lo fuerte? O sea, si ustedes aceptan agregar algo a la suficiencia de la cruz de Cristo, de nada les servirá Cristo.

Pablo, en esto, es radical. O te salva Cristo totalmente, o no te salva. ¿Es suficiente Cristo para ti? ¿Es su obra suficiente para tu salvación? «Así que, si quieren, circuncídense», dice Pablo, «pero sepan que de nada les aprovechará Cristo».

Verso 3-4: «*Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído*».

¿Cómo podría alguien caer de la gracia? Cuando quiere agregarle algo a la suficiencia de la cruz. Y esta

tendencia es propia del hombre caído, porque él siempre quiere un poco de gloria.

Por eso tropezaron y se escandalizaron con la cruz de Cristo, porque la cruz es todo suficiente, y no se necesita agregarle nada. No metas tus manos sucias en la obra santa que Dios ha hecho. ¡No se necesita! Pero queremos aplausos, reconocimientos, queremos decir: «Cristo me salvó, pero yo... yo tenía un corazón sincero». ¡Mentira!

Y vamos a terminar con una mala noticia para la carne: Aquí, toda la gloria es para Jesucristo. ¡Gloria a Dios! Los méritos son de él, la obra de él, los aplausos y los reconocimientos son para él.

Mantengamos el evangelio puro de Cristo. Luchemos contra esta tendencia, que en esa época era la circuncisión; pero hoy día pueden ser tantas otras cosas. A través de la historia, siempre se quiere agregar algo.

Nosotros proclamamos hoy que la cruz es suficiente, que la obra de Cristo es suficiente para salvar completa y perfectamente al más vil pecador. ¡Gloria a Dios!

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Retiro de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2025.

Contemplar al Crucificado es volver al centro del Evangelio: la cruz donde el amor de Dios se entrega por completo y la vida vence a la muerte.

Llamados a vivir para Cristo

Alexis Vera

«Porque el amor de Cristo nos constriñe pensando esto, que, si uno murió por todos, luego todos murieron. Y por todos murió para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor. 5:14-15).

Revelación y conducta

Vamos a destacar aquí dos frases. La primera es: «el amor de Cristo nos constriñe». Y la segunda, «para

que los que viven ya no vivan para sí». Y en torno a estos dos grandes asuntos, consideraremos la palabra del Señor en este mensaje.

Dios se revela a sus santos de una manera tan equilibrada. A lo largo de las epístolas del Nuevo Testamento, podemos ver una concordancia entre visión y vocación, entre revelación y conducta. Siempre el Espíritu Santo conduce a la iglesia en esta dinámica simultánea de contemplación y de acción.

Y al leer estos versículos, se repite esta dinámica espiritual. Cuando Pablo dice: «El amor de Cristo nos constriñe», podríamos pensar en aquella idea de revelación espiritual, específica, del amor de Cristo.

Con revelación espiritual, no me refiero apenas a un conocimiento que embarga nuestra mente,

y que podría comprender también nuestras emociones, sino a un impacto de luz que siempre es milagroso, operado en el poder del Espíritu Santo, para abrirmos la puerta al reino de Dios, y así poder ver algo del rostro de Cristo.

Hay un destello particular de la gloria de Dios que es único por toda la eternidad, asociado a la cruz de Cristo: la sublime expresión de la gloria del amor de Dios.

Por otra parte, tenemos la idea de vocación, o de conducta, en aquella frase de 2 Corintios 5:15: «...para que los que viven, ya no vivan para sí».

O sea, que, de alguna manera, aquello que fue revelación en el verso 14 tiene un impacto en nuestras acciones cotidianas. Y ese impacto es salir de nosotros mismos, para no vivir más para nosotros, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros.

Ahora, consideremos que, en la medida que hemos visto la gloria de la cruz, esto va también produciendo en nosotros una reacción, y que toda revelación espiritual tiene por propósito final conducirnos a la adoración.

De manera que nosotros nos correspondemos a Dios, en respuesta a lo que Dios se da a conocer de sí mismo. Esta es la relevancia de estas palabras.

Muerte y resurrección

Cuando el Espíritu Santo nos habla de la cruz, no se refiere solo a la muerte del Señor Jesús, sino también a su resurrección. Son dos caras inseparables de una misma realidad. La cruz siempre conduce a un camino de vivificación que pasa por la experiencia de muerte; este es el contenido del Evangelio.

Así, cuando Pablo contempla el amor de Cristo, contempla esa obra completa: Cristo murió y resucitó por nosotros –muerte y resurrección sustitutivas– y, al mismo tiempo, nosotros morimos y resucitamos con Él –muerte y resurrección inclusivas.

Aquí se resume la obra de la cruz: Cristo murió y resucitó por nosotros, y Dios nos puso en Cristo para que participáramos de su muerte y de su vida. Los regenerados ya no pertenecen al dominio de la antigua naturaleza ni están ligados a Adán; el viejo hombre fue crucificado, y así como Dios levantó a Cristo, también nos dio novedad de vida.

Por eso, «*si alguno está en Cristo, nueva criatura es*» (2 Cor. 5:17). Al venir a la cruz y recibir al Señor, comienza para nosotros un nuevo orden, una esfera de vida continua que vence a la muerte y que se expresa en un camino de renuncia y negación del yo.

Amor que constriñe

Este amor de Cristo que constriñe merece una pausa especial. Es una palabra poco habitual en nuestro lenguaje, pero expresa algo profundo.

John Phillips, al parafrasear este versículo, escribe: «El amor de Cristo nos atrae a él, y él es la fuente misma de nuestras acciones». Esa doble realidad –atraer e impulsar– expresa el poder de este amor que constriñe: nos acerca por una parte y, por otra, se vuelve la fuente desde la cual actuamos.

«...porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Rom. 5:5). Este amor llega por revelación y se experimenta de manera individual, no como un sentimiento genérico hacia la humanidad.

Cristo, en la cruz, tenía su pensamiento fijo en cada uno, con la his-

toria particular de cada persona. Cargó nuestros pecados uno por uno, amó a cada uno desde antes de la fundación del mundo y pagó el precio por cada vida de manera concreta. Él se acuerda de nosotros, nos tiene presentes, intercede a la diestra del Padre y pronunciará nuestros nombres cuando regrese, incluso si descansamos en la sepultura.

Gracias a Dios por un amor tan personal, tan particular y tan fiel. Este amor nos atrae a Cristo porque la cruz es atractiva. Jesús dijo: «*Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo*» (Juan 12:32), y el evangelista aclara que hablaba de la muerte que iba a padecer. Cristo levantado es Cristo crucificado, y el Cristo crucificado es totalmente atractivo para los que son suyos.

Aunque Isaías dijera que el Siervo de Dios no tenía atractivo para que le deseemos, la cruz donde el Señor aparece desfigurado se vuelve deseable, fuente suprema del amor de Dios.

Por eso, cuando el corazón está frío, distante, tibio, confundido, ansioso, turbado o bajo opresión, la cruz tiene poder para enternecer, sanar y recordar que Dios no se ha

olvidado de nosotros. Allí fuimos incluidos en su gloria eterna mediante ese acto bendito y glorioso de amor sacrificial.

Dios estaba en Cristo: la cruz como obra exclusiva de Dios

Antes de entrar a la esfera de la conducta, es necesario detenerse en la belleza de la cruz y en la revelación del amor divino. Pablo describe este misterio con palabras que exigen pausa y reverencia: «*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados*» (2 Cor. 5:19).

Esta declaración no debe leerse con ligereza. Contiene una solemnidad que sobrecoge el corazón y nos invita a considerar la magnitud del amor que allí se manifiesta.

El amor del Calvario es un asunto exclusivo de Dios. Campbell Morgan medita que, sin pecado, la ley y el amor nunca entrarían en discordia, la verdad y la gracia caminarían siempre juntas, y la justicia y la misericordia cantarían un himno común.

Todos los atributos divinos existen en perfecta concordancia en Dios mismo. Sin embargo, en un desborde de amor, Dios creó el universo y

La cruz es la obra de Dios mismo, ofreciéndose a sí mismo, para librarnos de sí mismo y reconciliarnos consigo mismo.

al hombre a su imagen, con la intención de proyectar en él las virtudes del Hijo y compartir sus glorias.

Pero el pecado se introdujo por medio de un hombre, y con él, la muerte. Así se generó un conflicto de proporciones universales, porque los atributos eternos –ley, amor, verdad, gracia, justicia y misericordia– quedaron en tensión a causa del pecado humano.

Si la ley es quebrantada, ¿dónde queda el deber del amor? Si la verdad es cuestionada, ¿cómo puede operar la gracia? Si aparece el crimen, ¿cómo se encuentran la justicia y la misericordia? Este es el gran problema que nuestro pecado puso en pugna, un conflicto que

alcanza las regiones eternas del ser divino.

En este contexto, la frase «*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*» adquiere todo su peso: la cruz no es, en primer lugar, un problema entre Dios y el hombre, sino un problema de Dios con Dios.

La cruz pertenece al ámbito exclusivo de Dios, a su gloria eterna. El hombre entra allí por gracia, pero no es el protagonista de la solución; es quien provocó el conflicto y, sin embargo, es incluido de una manera misericordiosa en la reconciliación.

Para mantener su justicia, su verdad y su carácter, Dios debe tomar sobre sí todo el peso de la resolución.

Pablo dice en Romanos 3:26 que Dios es «*el justo y el que justifica*». Para ser justificador del hombre sin dejar de ser justo, Dios mismo debe asumir lo que corresponde al hombre. La respuesta se encuentra en el Calvario y en esta expresión: «*Dios estaba en Cristo*».

Al contemplar la cruz, vemos al Hijo de Dios hecho hombre ensangrentado, y junto a él, al Padre participando en ese sacrificio, no porque

él mismo sufra la crucifixión, sino porque la ofrece continuamente.

El Padre no perdonó a su Hijo para poder perdonarnos a nosotros. El Hijo se entrega libremente. El Espíritu Santo participa, pues Cristo se ofrece «*mediante el Espíritu eterno*» (Heb. 9:14).

La cruz es, entonces, la obra de la Trinidad completa: el Padre ofreciendo, el Hijo entregándose y el Espíritu consagrando el sacrificio.

Por eso Pablo declara: «*Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo*». La cruz es la obra de Dios mismo, ofreciéndose a sí mismo, para librarnos de sí mismo y reconciliarnos consigo mismo. Allí, Dios es autor y es altar, allí recibe el impacto de la condenación que correspondía al hombre y allí mismo se convierte en el puente que une nuevamente al hombre con Dios.

La obra de Cristo nos conduce finalmente a la gloria que el Hijo compartía con el Padre desde antes de la fundación del mundo.

Pero consideremos aún más quién está en esa cruz. El Hijo de Dios hecho hombre es nuestra propiciación, el que recibe sobre sí la des carga de la ira divina.

La ira de Dios es su respuesta santa al pecado, y el pecado había entrado en el mundo por nuestra causa. Nosotros conducimos al Hijo a la cruz para que él fuera nuestro Reconciliador.

Un himno pregunta: «¿Cómo es posible que obtengamos beneficio en la sangre que nuestras propias manos derramaron?». La respuesta no está en nosotros; está únicamente en Dios. Él se santificó, se justificó y se glorificó a sí mismo por medio de la cruz. La cruz es su testimonio eterno al universo: Dios entra en nuestra historia, toma un cuerpo humano, asume la ira, es herido, es desplazado, y lleva cicatrices eternas para reconciliar consigo al mundo.

Estas consideraciones nos llevan a profundizar todavía más en el misterio: la cruz no solo manifiesta el amor de Dios para el pecador; también revela el principio eterno de la vida divina.

Cristo es el Cordero preparado desde antes de la fundación del mundo. Aunque el pecado aún no existiera, la vida de la cruz —la entrega, la donación, la obediencia amorosa del Hijo al Padre— era ya el principio eterno en el que la Trinidad se relacionaba.

El Hijo amaba al Padre ofreciéndose; el Padre amaba al Hijo dándole todas las cosas y haciéndolo heredero; el Espíritu procedía del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, en comunión eterna. Allí, en ese círculo trinitario, tenemos la raíz de la Cruz.

Por eso, cuando leemos: «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado*» (2 Cor. 5:21), somos llevados a una reverencia profunda. Cristo es santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores. Y sin embargo, Dios lo hizo pecado por nosotros.

No se trata de una representación simbólica. Dios vistió a su Hijo de nuestra culpa; su santidad quedó vestida con nuestro pecado, nuestra rebelión, nuestras inconstancias, nuestras opresiones, nuestras maldiciones, nuestra blasfemia, nuestros pensamientos más oscuros. Cristo cargó todo eso sobre sí, lo bloqueó, lo interceptó y sufrió la ira divina en nuestro lugar.

El profeta dice: «*Todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí*» (Jon. 2:3). Y en el Gólgota oímos: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*» (Mat. 27:46). Cristo sufre el desamparo que corresponde al pecador. Él carga nuestro infierno, nuestra maldición, nuestra

distancia eterna. Él, que no conoció pecado, es hecho pecado por nosotros.

Por eso Dios no toma en cuenta los pecados del creyente, no porque los ignore, sino porque los coloca en la cuenta del Hijo. Y así, la justicia de Cristo se pone en la cuenta del creyente. Somos hechos justicia de Dios en Él. Dios, manifestado en carne, derramó sangre santa para nuestra justicia. Dios, manifestado en carne, murió nuestra muerte y cargó nuestras deudas, para hacernos tuyos.

La admiración celestial

Consideremos por un momento aquello que incluso los ángeles anhelan contemplar. Dios sabe que la rebelión comenzó entre una casta angelical, encabezada por Satanás, el mentiroso. Pero hay ángeles que no han conocido culpa ni vergüenza, y sin embargo permanecen en adoración perpetua ante el Dios infinito (Isaías 6:3).

Miremos esa escena con reverencia: el trono de Dios rodeado de criaturas celestiales que proclaman su santo nombre. Pero aquí, en la tierra, sucede algo distinto. La iglesia se reúne, canta himnos, alza sus manos; y, por decir así, aquella adoración celestial se inclina a oír un

La obra de Cristo nos conduce finalmente a la gloria que el Hijo compartía con el Padre desde antes de la fundación del mundo.

susurro que asciende como incienso al trono de Dios. Es un sonido desconocido para los ángeles, porque hay una criatura —el hombre— que puede decir: «*Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre*» (Apoc. 1:5).

Los ángeles no tienen sangre. Dios no asumió naturaleza angelical, sino nuestra carne humana, y sangró para nuestra justificación.

Los ángeles caídos permanecen bajo condenación eterna, pero Dios tuvo misericordia del ser humano. Un Hombre se ha sentado a la diestra del Padre como nuestro precursor, y una sangre eterna aboga por nuestra reconciliación.

«*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*». Por eso po-

demos presentarnos confiados ante el trono de luz, no en nuestros méritos, sino en la preciosa sangre del Cordero.

La cruz: revelación eterna y camino de vida

Después de contemplar algo de esta gloria, comprendemos que la cruz no es solo instrumento de justificación. Dios ha vivido eternamente en un camino de donación mutua, y ese camino se manifiesta históricamente en el madero.

«Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Gén. 1:26) nos revela que fuimos diseñados para esa vida de entrega; el pecado distorsionó esa imagen, pero no la destruyó. El amor de Cristo no solo perdona: nos devuelve al modo de vida que pertenece a Dios. La cruz de Cristo nos conduce a la cruz eterna; Cristo muere para que andemos según el camino de la cruz.

«...y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor. 5:15). O vivimos para nosotros, o vivimos para el Señor. Somos como Pedro, que confiesa: *«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»* (Mat. 16:16), pero se resiste cuando oye hablar de la cruz. El llamado

es a mirar las cosas de Dios y dejarnos mover por el amor que nos impulsa a donar la vida.

El ego de los últimos días y el triunfo de la cruz

Pablo advierte que, en los postres días, *«habrá hombres amadores de sí mismos»* (2 Tim. 3:2). La cultura contemporánea exalta el yo, instalando al hombre en el centro. Apocalipsis describe el número de la bestia como *«número de hombre»*: 666, el yo antes, al medio y al final.

Solo los que siguen al Cordero en el camino de la cruz vencerán. La cruz es el único camino de triunfo verdadero; en ella se escucha el *«¡Consumado es!»*. Una vida que nace de la cruz es la verdadera realización personal.

El vivir para sí mismo es perder la mejor parte; la cruz nos enseña a donarnos primero al Señor y luego a los demás, para que Cristo sea el centro.

Consideraciones prácticas a la luz de la cruz

Para los jóvenes y solteros: vivir para el Señor

La palabra nos recuerda que *«el soltero tiene cuidado de las cosas*

del Señor, de cómo agradar al Señor» (1 Cor. 7:32).

La cruz nos llama a no vivir para nosotros mismos, sino «*para aquel que murió y resucitó*» por nosotros. Por eso, aun los deseos legítimos – el estudio, los anhelos románticos, el futuro matrimonio, los sueños de servicio– pueden convertirse en distracciones si amar a Cristo no es la primacía del corazón.

La cruz conquista y ordena incluso el despertar afectivo propio de la juventud. Los sentimientos, los anhelos, la apertura del corazón hacia otro deben ser encauzados por el camino de la renuncia, esperando la palabra del Señor. Decisiones sentimentales tomadas sin la guía del Espíritu pueden herir, confundir o apresurar procesos que necesitan la madurez de la cruz.

Por eso, buscar consejo, esperar el tiempo del Señor, y someter los deseos juveniles al amor de Cristo no es legalismo, sino protección. La cruz enseña a morir, a esperar, a ordenar tiempos y prioridades.

«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mat. 6:33); así, incluso los compromisos académicos, las presiones culturales o el anhelo de éxito encuentran su lugar bajo la soberanía del Señor.

Para los matrimonios: la cruz como medida del amor y la sujeción

La palabra dice: «...y por todos muríó, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor. 5:15). Esto vale para los solteros y también para los esposos. Ni el marido vive para la esposa, ni la esposa vive para el marido: ambos viven para el Señor, y desde allí, el uno para el otro.

Cuando esperamos que el cónyuge llene todas nuestras necesidades o cure todas nuestras carencias, quedamos frustrados: solo Cristo es la suficiencia del corazón humano.

En tensiones, discusiones o heridas acumuladas, la cruz es el punto perdido. Volver a la cruz renueva la medida del amor: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la iglesia»; y renueva la sujeción voluntaria: «Casadas, estén sujetas a sus maridos como al Señor».

Es la entrega de Cristo –su voluntad rendida, su devoción perfecta al Padre– la que modela el trato mutuo dentro del hogar.

Cuando haya diferencias, no debe ganar el más fuerte, el que tiene

mejores argumentos, o el que levanta más la voz. Que gane la cruz: ambos renuncien a sí mismos para discernir la mente del Señor, para que haya gloria de Dios en la casa, dirección del Señor y testimonio santo delante de los hijos.

Para los padres: criar desde la cruz

«*Criadlos en disciplina y amonestación del Señor*» (Ef. 6:4). La cruz debe gobernar también nuestra relación con los hijos.

Los padres que abrazan la cruz pueden interpretarla para ellos; los que no lo hacen, terminan siendo címbalos que retiñen. La enseñanza del día domingo es un apoyo precioso, pero el modelo principal de la cruz está en casa.

Disciplina no es castigo airado; amonestación no es dureza. Disciplina es instrucción y formación de carácter; amonestación es reprensión con suavidad. La cruz pide a los padres mansedumbre, oración previa, corrección sin ira y restauración con ternura.

La vara bíblica no es un desahogo del enojo, sino un instrumento que, acompañado del evangelio, guía al arrepentimiento y a la madurez.

Como Dios no nos trata con castigo –pues Cristo llevó la ira en nuestro lugar– tampoco nosotros tratamos el pecado de nuestros hijos mediante reacciones impulsivas, sino guiándolos por el mismo camino de la cruz: arrepentimiento, perdón, restauración y comunión.

Así, ellos aprenden desde pequeños que no viven para sí, «*sino para aquel que murió y resucitó por ellos*».

Conclusión: un camino posible solo por el Espíritu Santo

Transitar por el camino de la cruz es imposible sin la dependencia del Espíritu Santo. Él revela la gloria del Cordero, atrae nuestros corazones y nos capacita para vivir en entrega y donación. «*Recibiréis poder... y me seréis testigos*» (Hech. 1:8), o mártires.

El Espíritu hace posible esta vida: jóvenes viviendo para Cristo; matrimonios modelados por la cruz; padres guiando con ternura y autoridad espiritual.

Que el Señor bendiga esta palabra conforme a su propósito.

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Retiro de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2025.

Del pecado a la esperanza: el camino que abre la cruz.

Una puerta de esperanza hacia la gloria

Rodrigo Scheuermann

«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es»
(1 Juan 3:1-10).

Amados hermanos, a la luz de lo que hemos leído en 1 Juan 3:1-10, el apóstol Juan escribe esta carta para establecer una defensa ante las herejías que se habían levantado en ese tiempo, con respecto a la santidad, con respecto a la purificación que es propia de la vida de los santos.

Aquella idea gnosticista establecía que la materia es pecado, por lo tanto, el cuerpo también es pecado. Y comenzaron a dar libertad al cuerpo, para hacer prácticas del pecado, para sus deseos, para sus concupiscencias.

Juan va a realizar una defensa de la verdad a través de un recurso lingüístico llamado retórica de amplificación, donde él va a levantar verdades, una y otra vez de distintos ángulos de vista, levantando las verdades de Dios por sobre las false-

dades que se levantaban en aquel tiempo.

Por lo tanto, en estos versículos, el apóstol va a establecer esto: una defensa a la santificación, como resultado de la primera aparición de Cristo, en miras de una segunda aparición del Señor Jesús.

Su primera aparición está asociada a la obra de la cruz, con miras a una segunda aparición, asociada a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo. Y tanto la primera como la segunda aparición son las bases de la esperanza de nuestra santificación.

Nuestra condición ante Dios

Comencemos considerando ahora los versículos 4 y 5: «*Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él*». ¡Aleluya!

La naturaleza del pecado es el quebrantamiento de la ley; es estar en oposición a Dios y de su voluntad. Los herejes que se habían levantado en ese tiempo, justificaban su pecado, relativizando sus acciones pecaminosas.

¿Será posible que esos pensamientos e ideas filosóficas puedan haber

llegado a nosotros, permeando el corazón de las iglesias? ¿Será que nosotros nos comenzamos a acostumbrar a vivir de una manera liviana no entendiendo nosotros lo que significa la gravedad del pecado?

Hay himnos escritos por hermanos, en donde el pecado causa, en quienes los escriben, estas declaraciones: «*Asombrado ante la presencia de Cristo mi Salvador, me pregunto cómo pudo salvarme a mí, pecador*», no cuestionando el poder, sino a quien está salvando. «*En el monte Calvario se vio una cruz, emblema de afrenta y dolor; y yo quiero esa cruz, por salvar al más vil pecador*». No es cualquier pecador – es un vil pecador.

Y, a causa de esto, pensaba en mi corazón: ¿Por qué Cristo no murió de otra manera? ¿Por qué Cristo no murió traspasado por una lanza? ¿Por qué Cristo no murió con una espada? ¿Por qué no fue colocado en un altar y sacrificado y degollado? ¿Por qué no fue así?

Tan horrenda era nuestra condición, tan terrible, que necesitábamos ser castigados, en Cristo, con la peor de las muertes. Tan oscuros eran nuestros pecados, que necesitábamos ser castigados, en Cristo, con la muerte de la cruz.

Y no digo que nosotros morimos: él murió, pero una muerte horrenda, para el vil pecador, la más vergonzosa, técnicamente la más dolorosa, y aplicada por el imperio más fuerte y más terrible, el imperio romano. ¿Por qué, amados hermanos? Porque la justicia de Dios tenía que ser satisfecha.

La aparición del Cordero de Dios

Dios estaba airado. Su mano se había levantado sobre nuestras vidas, y nosotros teníamos que ser castigados. Pero, gracias a Dios, porque apareció el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Juan lo anunció, no como un maestro; no como un líder religioso. Juan lo anunció como un Cordero, porque tenía que morir.

Cristo apareció para morir. Cristo nació para entregar su vida en la cruz del Calvario. El verdadero Cordero, el verdadero Sustituto, tenía que morir por nosotros en la cruz. Y, para que él quitara nuestros pecados, él tenía que ser desarraigado de esta tierra, y fue quitado de la manera más violenta.

«Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Cor. 5:21). Dios lo trató como pecador. Él puso sobre sí nuestros pe-

cados, nuestras afrentas, Cristo los llevó en el madero de la cruz, porque Él se hizo nuestro Sustituto.

Cuando estaba colgado en el madero, el Justo muriendo por los injustos para llevarnos a Dios, podemos ver allí destellos de gracia para los pecadores. Porque así como a él se le puso sobre su cabeza un título con un nombre: *«Jesús nazareno»*, y la causa de su muerte, *«Rey de los judíos»*, nosotros también teníamos un acta sobre nuestras cabezas.

En Colosenses 2:14, leemos: *«...anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz»*. Por lo tanto, cuando Cristo estaba muriendo por nuestros pecados, Dios tomó el acta de los decretos que nos era contraria, la quitó de en medio, y la clavó en la cruz. Esa acta fue quitada, y ahora tú y yo tenemos comunión con Dios.

Maravillosa victoria

En Colosenses 2:14 y 15 hay otro destello de la gracia, de la bendición de la cruz, para nuestras vidas. *«Y despojando a los principados y a las potestades los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz»*.

He aquí una paradoja: el Cristo vitorioso fue despojado de sus ropas, siendo avergonzado públicamente ante los ojos de todos quienes se encontraban allí, pero, al mismo tiempo, él despojó a los principados y a las potestades, cual un general despoja a sus enemigos de sus armas, triunfando sobre ellos en la cruz.

¡Aleluya al Libertador, Jesús ha triunfado! Su muerte vino a destruir al que tenía el imperio de la muerte, ¡y nos ha libertado! «El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo».

Por un lado, vemos cómo Dios trata por medio de su Hijo con *nuestros pecados*, en plural, y por otro, cómo Dios trata con nuestro enemigo, el diablo, por medio de la obra de la cruz, y nos hace libres para su gloria.

De esclavos del pecado a hijos libres

Pero el asunto que Juan está tocando aquí es mucho más profundo. Cuando nosotros leemos el versículo 4 y el versículo 8, la primera parte dice: «*Todo aquel que comete pecado infringe también la ley*». Y el 8: «*El que practica el pecado, es del diablo*». Estas palabras: «*Todo*

aquel», y «*el que*», hacen referencia a una persona que comete pecado y que practica el pecado. Es decir, estamos hablando de hechos pecaminosos, de alguien que está sujeto al pecado.

El Señor Jesucristo dijo en Juan 8:34: «*De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado*». Por lo tanto, el que comete pecado es un esclavo de un tirano llamado pecado. El esclavo es el que practica el pecado, y el que practica el pecado es un esclavo de un tirano.

Por lo tanto, este esclavo es el que infringe la ley. Por lo tanto, Dios no solamente tenía que tratar con nuestros pecados, no solamente con las obras del diablo – Dios tenía que tratar con el esclavo, con el pecador, con el que practica el pecado.

Leamos 1 Juan 3:9: «*Todo el que es nacido de Dios, no practica el pecado*». Por lo tanto, uno que no practica el pecado no solo ha sido perdonado, sino que es alguien que ha nacido de Dios, que ha nacido de nuevo, es una nueva criatura.

Es por eso que Romanos 6:6 dice: «*...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado*

sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado».

Esta obra es tan real como la limpieza de tus pecados. Es tan real como la obra que hizo para libertarte de las garras de Satanás. Tú no tienes que hacer nada más con respecto a este asunto, porque «fuimos crucificados juntamente con él».

La sangre de Cristo nos limpia del pecado cometido, y la cruz de Cristo va más allá, tratando con la raíz misma del pecado: nuestra naturaleza caída, para conducirnos a una vida transformada en Él.

El pecado está allí, el tirano está allí, pero su esclavo ha muerto con Cristo en la cruz.

Esa es una verdad absoluta, «*para que el cuerpo del pecado*», es decir, esa naturaleza pecaminosa, con sus deseos y con todas sus pasiones, «*sea destruido*», de manera que tú y yo ya no sirvamos más al pecado, sino que ahora seamos siervos de la justicia.

Ahora ya no somos más esclavos del pecado, somos siervos de la justicia, somos siervos de Dios.

Una puerta de esperanza

Debemos tener esta consideración: la cruz se levanta como una puerta. Por un lado de esa puerta se

encontraba nuestra posición en Adán, la vieja creación, pero al otro lado de esa puerta se encuentra Cristo y una nueva creación. El apóstol Pablo va a decir esto, que, así como Cristo murió al pecado, él también vive, y si vive, vive para Dios. «*Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro*» (Rom. 6:11).

Porque el pecado no fue destruido; el pecado está presente. El apóstol Juan afirma claramente: «*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros*» (1 Juan 1:8).

Así que saquemos bien las cuentas: el pecado está presente, quien no está es el pecador, él quedó clavado en esta puerta, en esta cruz y de aquí para adelante nos consideramos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Entonces, la obra que Dios hizo en la cruz del Calvario no solo quitó nuestros pecados, sino también quitó al que practica el pecado, y nos hizo libres del pecado.

Una analogía

Entendemos que el pecado es una infracción a la ley, y mientras este-

Nuestra purificación es en unión a Jesucristo por la fe, cual pámpanos unidos a la vid.

mos bajo el yugo de la ley, vamos a pecar. Pero, gracias a Dios, nosotros ya no estamos bajo el yugo de la ley. Antes que nosotros conociéramos al Señor, estábamos unidos a la ley. Y, cada vez que la ley se nos presentaba delante, el pecado era como un reactivo químico que tomaba ocasión por el mandamiento y nos hacía pecar. Había una ley que unía nuestra carne con la ley.

En este sentido, en la analogía del matrimonio que hace Pablo, es muy importante que reconozcamos quién es la ley y quién es la esposa. La ley es el esposo y nuestro viejo hombre la esposa. Pero la ley era muy particular. Según Romanos 7:12, se describe como *santa, y su mandamiento santo justo y bueno*. ¡Imagínese ese marido!

Y no sólo eso. El versículo 14 dice que, además, el marido era espiritual, pero la mujer era carnal, vendida al pecado. Ella solo podía pe-

car, cada vez que la ley le pedía algo, la ley no le podía ayudar. El problema no estaba en la ley; el problema estaba en ella.

Para que seamos de Otro

Romanos 7:4 dice: «*Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo*». Cuando Cristo murió, los que estaban unidos a él por la fe murieron juntamente con él. Fuimos bautizados en Cristo Jesús, por lo tanto, fuimos sepultados en su muerte (Rom. 6:3). Cuando Cristo murió, tú también moriste, y cuando morimos no solamente morimos al pecado, morimos también a la ley.

Y dice después: «*...para que seáis de otro*». ¡Gloria a Dios! ¡Somos de otro, hermanos! Y sigue después Pablo con una delicadeza: «*...del que resucitó de los muertos*». ¡Somos de otro marido! Ahora, este marido nos ayuda; ahora este marido está contigo, este marido está por ti.

El plano de la gracia

La ley y el mandamiento eran justos, pero ella no. Pero ahora, en el plano de la gracia, nosotros somos justos, porque nuestro marido es justo.

Todo fruto que podamos dar es digno de nuestro marido, todo carácter maravilloso que se pueda manifestar en tu familia es producto de este marido.

Fuimos unidos a este marido por el poder del Espíritu Santo, para vencer el poder de la ley del pecado y de la muerte, a través de una ley maravillosa: la ley del espíritu de vida. Y esa ley nos hace vencer, esa ley nos hace agradar a Dios.

Ahora ya no estamos bajo el viejo régimen de la letra, sino que estamos bajo un nuevo régimen, el régimen del Espíritu. ¡Bendito sea el Señor! Esta es la realidad a la cual todos los creyentes hemos llegado: la realidad objetiva de la obra de la cruz, con un propósito: que, por el poder del Espíritu Santo, seamos conformados a la imagen de aquel que murió en la cruz. Y Dios nos abre un camino glorioso ahora para recorrer y para experimentar las victorias, por medio de este nuevo marido.

Segunda aparición

En la primera aparición, hablamos de la obra de la cruz respecto a estos asuntos que son fundamentales en la vida del creyente; son los pilares de la vida de todo creyente.

La segunda aparición nos habla de su segunda venida. Y aquí, amados hermanos, quiero resaltar la obra del Espíritu. En cada uno de estos versículos, vamos a darnos cuenta cómo él nos acompaña durante toda la vida: en la regeneración, en la glorificación y en el proceso de la santificación.

«*Mirad cuál amor nos ha dado el Padre*» (1 Juan 3:1). Ese amor nos motiva a seguir a Cristo, ese amor nos motiva a esperar su venida, ese amor nos lleva a santificarnos para él. «*Mirad cuál amor nos ha dado el Padre*». Es un regalo dado en su Espíritu, para nosotros, tal como lo dice Pablo en Romanos.

«*para que seáis llamados...*» Dentro de ti hay una voz que dice que tú eres un hijo de Dios. Esa es una verdad. Ese es el Espíritu Santo que vino a nuestro corazón. «*Habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa*» (Ef. 1:13).

Los que no éramos dignos de sentarnos a la mesa para comer del pan del Señor, los que teníamos vestiduras ajadas, él nos puso una vestidura de salvación, él puso anillo en nuestra mano y nos hizo entrar en su palacio para ir junto al Rey.

Somos hijos de Dios, y esa verdad traspasa nuestro corazón, porque aquellos que antes practicábamos el pecado y éramos hijos del diablo, ahora somos hijos de Dios.

1 Juan 3:2 dice: «*Amados, ahora somos hijos de Dios*». Pero después introduce un conector y dice: «...y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser», es decir, aún no ha aparecido en nosotros lo que hemos de ser.

Ese conector «y» vincula nuestra gloria presente con nuestra gloria futura, vincula la regeneración con la glorificación. Una aparición está llamando a otra aparición: «lo que somos» llama a «lo que hemos de ser».

«...pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es».

En ese día cuando él rompa los cielos, y si nosotros estuviéremos vivos en un abrir y cerrar de ojos, seremos transformados y tendremos cuerpos glorificados.

En aquel día no se necesitará de fe, porque le veremos tal como él es, y seremos transformados. Y nuestra esperanza será consumada, y tendremos cuerpos glorificados para estar para siempre con nuestro Salvador.

Hebreos 9:28 dice: «*Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*».

En su primera aparición, él vino con relación al pecado; en su segunda aparición, él vendrá sin relación con el pecado. En su primera aparición, él aparece en la obra de la cruz; en su segunda aparición, él vendrá en las nubes con gloria.

En la primera aparición, él viene salvando a los pecadores, y en la segunda aparición, salvará a todos los que le esperan, a sus hijos.

Llamado a la purificación

Y es por eso que, ahora, el apóstol Juan dirá: «*Y todo aquel...*». No queda nadie fuera. «*Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro*» (1 Juan 3:3).

La esperanza de su segunda venida y la esperanza de lo que somos y seremos, es el motor de nuestra purificación. Esa transformación futura, que ocurrirá, llama a una transformación presente. Lo que viviremos en la gloria, llama a la gloria presente de nuestra transformación.

«Todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo». Nosotros nos purificamos porque somos hijos de Dios y porque vamos a la gloria. Entonces la acción de purificarnos se convierte en una prueba verídica de lo que somos y seremos; una prueba de que somos hijos de Dios, y de que vamos al encuentro con nuestro Amado.

El hermano Martin Lloyd-Jones decía que la santificación no es un bono; es un regalo de Dios que viene por ser hijo de Dios y porque vas a la gloria. Por lo tanto, es propio de los creyentes irse santificando, de gloria en gloria, por el poder del Espíritu Santo. Eso iba dentro de todo el paquete de la gracia.

El método de Dios

Anteriormente habíamos dicho que, el que hace justicia es justo, así como él es justo. Y esto nos habla de nuestra unión con Cristo, el nuevo marido, por el poder del Espíritu Santo.

De la misma manera, nuestra purificación es en unión a Jesucristo por la fe, cual pámpinos unidos a la vid. El Señor nos dice: «Sin mí, nada podéis hacer». «Sin mí, no hay regeneración; sin mí, no hay glorificación; sin mí, no hay purificación».

Así como el labrador está buscando a los pámpinos unidos a la vid, Dios está buscando a aquellos que unió al Señor Jesucristo para trabajar en ellos, usando sus tijeras para podarnos, para transformarnos.

Por lo tanto, toda nuestra purificación está asociada a una persona, al Señor Jesucristo. «haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él, por Jesucristo». Dios no hace nada fuera de su Hijo. Como el labrador va a podar el pámpano, tiene que encontrarse con la vid, así Dios trabaja con nosotros en su Hijo Jesucristo.

Pablo, estando en la cárcel, expresa este deseo: *«Ser hallado en él»* (Flp. 3:9). ¿Y sabes para qué? Dice lo siguiente: *«...a fin de conocerle»*. Cuando tú estás en él, tú puedes conocerle. *«Ser hallado en él»*, para gustar el poder de su resurrección; ser hallado en él, para participar de sus padecimientos; ser hallado en él, llegando a ser semejante en su muerte. Pero eso no es posible si no estamos unidos a la vid.

La santificación es donde la cruz se hace práctica. El Padre usa sus tijeras como podador, corta las ramas que sobran. Pero eso significa disponer tu alma, tu ego, a la cruz de Cristo, esa cruz a la que él nos ha

invitado a tomar. Pues así como el Señor nos ganó a través de su cruz, la única manera en que ganemos su carácter es a través de la cruz que él tiene para nosotros, la cual pone a nuestra disposición. No hay forma de ganar a Cristo sin la cruz.

Implicancias prácticas

Yo necesito de la cruz, y la necesito con urgencia, para relacionarme con mi familia. Necesito la cruz para relacionarme con mi esposa. Necesito la cruz para relacionarme con mis hijos. La necesito en el centro de mi familia, donde todas nuestras relaciones pasen por la cruz.

Un padre herido por la cruz trae vida a toda su casa. La única manera de llevar la cruz al corazón del hijo es que la cruz pase por nosotros como padres, para llevar a Cristo al corazón de ellos. Muchos de ellos están esperando que nosotros les pidamos perdón.

Si la cruz estuviera al centro de la iglesia, no habría divisiones. Una cruz operando en la vida de los pastores, para poder relacionarnos. La única manera de permanecer mansos y humildes, sirviendo juntos, es por medio de la cruz. Si hay alguien que sabe tratar y cuidar, es el Señor Jesús, porque él es el Pastor y Obispo de nuestras almas.

Ustedes recuerdan la historia de Pedro. Pedro lo negó, pero luego lloró amargamente. Frente a esto, Jesús no podía ascender a los cielos sin antes hablar con Pedro. El corazón del Señor solamente quería restaurar el corazón de Pedro. El Señor no podía ascender a los cielos, no podía ir al trono de la gracia, mientras no solucionara ese problema, en la intimidad, con Pedro. Le dedicó un tiempo a Pedro. Y estuvo con él, y lo restauró y confió en él: *«Apacienta mis corderos ... pastorea mis ovejas»* (Juan 21:15-16).

Este es el corazón que como pastores debemos tener con los hermanos que han caído o sienten vergüenza por el pecado. Busquemos restaurar sus corazones, tal como Jesús lo hizo con Pedro. Ayudémosle a tomar la cruz con amor.

Dios nos dio su Espíritu y confiemos en él para ser purificados. Él fue enviado para que seamos puros como Cristo es puro. Esta es nuestra esperanza. Hermanos, después de lo que hemos considerado, ¡cómo nos vamos a olvidar de la cruz de Cristo! ¡Cómo nos vamos a olvidar de la obra de la cruz! Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en el retiro nacional de iglesias, en Rucacura (Chile), en enero de 2025.

Valorar la cruz es más que mirar al Calvario; es permitir que su poder gobierne nuestro corazón.

Valorando la cruz en nuestra vida

Álvaro Astete

«¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?» (Heb. 9:14).

Este versículo tiene una idea principal que desarrollar, pero, además, contiene información adicional. Lo sabemos, porque toda frase entre comas es información complementaria al enunciado principal. Y, en este caso particular, vamos a aten-

der más bien a esta frase intercalada.

En realidad, al leer las cartas de Pablo principalmente, no hay información secundaria. Todo es relevante, como una pequeña perla que el Señor deja allí, y es bueno atenderla. Entonces, lo que está entre comas dice: *«el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios».*

Calvino comenta que Pablo quiso señalar aquí cómo ha de estimarse la muerte de Cristo. No solo en el aspecto objetivo de la cruz, donde Cristo murió en el Gólgota, y los sufrimientos que él padeció como hombre; sino también en el aspecto espiritual. Él señala esto: «La muerte de Cristo debe estimarse también desde esta dimensión, no solo como una obra humana, sino también como una obra espiritual.

El Espíritu también tuvo participación en la muerte de Cristo».

Por eso, hoy día gozamos de una redención que no es solo para una dispensación, sino que es eterna, porque el Señor se ofreció a Dios mediante el Espíritu eterno. ¡Gloria a Dios por esto!

Valorar

Cuando hablamos de asignar valor a algo, debemos considerar que este concepto significa reconocer mérito e importancia a algo o a alguien. Por ejemplo, valoramos a una persona porque reconocemos en ella méritos o importancia en nuestra vida.

Ahora, volvamos hacia la cruz. ¿Usted encuentra algún mérito en la cruz de Cristo? Si es realmente así, eso debería proyectarse y hacerse visible en nuestra vida diaria. Por lo tanto, guardemos esta definición en el corazón. Darle valor a alguien, o a algo, es reconocer su mérito y su importancia.

La mirada de los evangelistas

Antes de hacer nuestra propia reflexión acerca del valor de la cruz, veamos cuál es el valor que los apóstoles le asignaron a la cruz de Cristo, y cómo ella impactó en sus corazones.

Los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas le dedican un tercio, o más aún, al evento de la cruz. Aquí podemos ver, entonces, empíricamente, cuánto impactó la cruz en el relato de los evangelios. El espacio dedicado a hablar sobre la cruz, lo previo a ella, la cruz en sí misma, y lo posterior a ella, es significativo dentro del relato. No fue una cosa al pasar. Esto habla de la importancia que tuvo la cruz para ellos.

El evangelio de Juan se puede dividir en dos partes. Por un lado, nos habla sobre las señales que Cristo hizo en la tierra; se puede llamar 'el evangelio de las señales'. Y la otra mitad nos habla de la pasión de Cristo. Notemos, pues, la relevancia que tuvo, para los apóstoles, la muerte en la cruz.

La valoración de Pablo

«*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*» (Gál. 6:14). El apóstol Pablo no halló nada en lo cual gloriarse, sino solo en la cruz. Nada causaba mayor atracción en su vida que la cruz de Cristo. Y luego añade: «*...por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*».

Pablo define el Evangelio como «*el mensaje de la cruz*», y define su ministerio como la predicación de

Cristo crucificado. «*Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado*» (1 Cor. 2:2).

¿Qué otro mensaje podríamos dar al mundo, sino hablar de Cristo y de su cruz? No vamos a hablar de moral, de buenas costumbres, de reglas o consejos para una buena vida. Nuestro mensaje, la respuesta de Dios para el mundo es una sola – Cristo, y este crucificado.

Pero, además, Pablo define su vida en base a la cruz. «...*por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*» (Gál. 6:14). Si amamos la cruz, esa es la forma de relacionarnos con el mundo. No hay otra manera. Por lo tanto, ¿vamos a seguir la corriente de este mundo en cuanto, por ejemplo, a cómo criar a nuestros hijos?

¿Cuál es el proyecto de vida que el mundo hoy día ofrece a los jóvenes que egresan de enseñanza media o superior? Si quieres ser feliz, este es el modelo que el mundo ofrece: una carrera rentable, para que tengas una bonita casa, una familia feliz. El sistema del mundo nos lleva hacia ese tipo de modelo de vida, de tal forma que los jóvenes hoy se sienten frustrados porque no llegan a cumplir con ese estándar.

Entre tanto afán que tenemos como padres, tantas tareas con las que el mundo nos envuelve, es mejor que el hijo esté allí, en el sofá, con el teléfono en la mano, tranquilo, mientras yo hago lo mío. ¿Y qué pasa con nuestra responsabilidad, como padres, de enseñarles la cruz de Cristo a nuestros hijos? Si la cruz de Cristo no opera en nosotros como padres, no esperemos que ella opere en nuestros hijos.

¿Qué lugar ocupa la cruz en nuestra familia, como padres, en la relación con nuestros hijos? Pablo es muy claro: «*El mundo me es crucificado*». Yo renuncio al mundo, no quiero nada del mundo secular, religioso, social, político o económico. Solo sigo al Señor. Esto no significa irse a vivir un lugar apartado. No es eso, sino que la cruz y su operación en mi vida es la forma en la cual me relaciono con ese mundo.

La valoración de Pedro

Veamos la valoración de otro apóstol, en 1 Pedro 2:24. «...*quien llevó el mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia, y por cuya herida fuisteis sanados*». Pedro dice que, sin la cruz, no hubiese existido la sangre preciosa con

la cual fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir.

Note la idea final del versículo 24: sin la cruz tampoco hubiésemos sido sanados. Es interesante lo que Pedro dice aquí, porque, claro, hablamos de la obra de la cruz y sus provisiones – la justificación, la redención, la santificación y la glorificación. Son beneficios o frutos; la obra de la cruz incluye todo eso. Pero Pedro añade algo más: «*por cuya herida*», es decir, por la herida de la cruz, «*fuisteis sanados*».

Hermanos, la cruz trajo sanidad para nuestra alma; un alma herida encuentra sanidad en la cruz de Cristo. Cuántas personas, no solo en el mundo, sino también entre nosotros, viven con el alma quebrantada; cuántos enfermos del alma existen hoy. Y, para todos ellos, la cruz es la respuesta.

En la cruz encuentras sanidad para tu alma. No solo justificación, redención, glorificación y santificación – también sanidad. Si solo te acercas a la cruz de Cristo, tu alma será sanada de lo que te atormenta. No es un pecado sentir depresión o males emocionales. La cruz trae sanidad. Valoremos, amemos la cruz.

Si la cruz de Cristo no opera en nosotros como padres, no esperemos que ella opere en nuestros hijos.

La Cruz como altar

Pedro habla de la centralidad que la cruz ha de tener en la vida de todo cristiano. Y aquí, desde el ideal de Dios, no de nuestra realidad, nos dice que la cruz debe ser central en la vida cristiana.

Para poder ilustrar esto, veamos Ezequiel capítulo 43, en donde se habla del altar, en la visión del templo que Dios le da al profeta.

En los versículos 13 al 27 se habla sobre el altar que, a diferencia del altar en el tabernáculo antiguo, ocupa un lugar distinto al que tenía allí. En el tabernáculo, el altar estaba a la derecha de la puerta; sin embargo, ahora está en el centro del templo, de forma que todas las líneas diagonales que podríamos trazar en un plano, pasarían necesariamente por él.

Tipológicamente, el altar habla de la cruz. Por lo tanto, el lugar que ella debe tener es el lugar central. El altar lo gobernaba todo. El hermano Austin-Sparks dice: «Si la cruz realmente estuviera en su lugar, en su real dimensión, todo eso daría por añadido esto: el pueblo estaría bien si la cruz estuviese en su lugar».

La iglesia, y los ministerios, todo estaría bien si la cruz estuviese en su lugar. Ese es el orden de la casa. Y no hablo de la casa solo como la casa de Dios, la iglesia. Hermano, piense en su propia casa. El orden de la familia sería correcto si la cruz estuviera en su lugar. Si la cruz está en el centro, en su plena medida, todo lo demás hallará su lugar correcto en una relación de vida.

El hermano A.W. Tozer dice, con respecto a la cruz: «La única cruz de toda la historia que se convirtió en un altar, fue la cruz en la que murió Jesucristo. Era una cruz romana, le clavaron en ella, y Dios, en su majestad y misterio, la convirtió en altar». ¡Qué precioso! Esa cruz cruel, horrenda, el peor instrumento de tortura que jamás ha existido, se transformó en un altar.

El lugar de la Cruz

Vuelvo a preguntar, entonces: ¿Qué lugar ocupa la cruz de Cristo en

nuestras vidas? Si está en la periferia, a un costado de nuestras vidas, entonces, tal vez esa sea la razón por la cual las cosas no marchan bien. Si la cruz de Cristo no tiene relevancia en nuestras vidas, y nos acordamos de ella cada siete días, cuando participamos de la mesa del Señor, entonces no estamos amando la cruz de Cristo.

Alguien dijo esta frase, que quedó grabada en mi corazón. «A veces entendemos la cruz de Cristo como la puerta de entrada, y después nos olvidamos; porque la cruz nos sirve solo para entrar, para ser salvos, y después, nada más». ¡Eso es un error! La cruz de Cristo no solo es la puerta de entrada para ser salvos; ella nos acompaña en toda nuestra vida.

«*Tome su cruz cada día*» (Luc. 9:23). Me temo que muchos de nuestros fracasos tienen causa en que nos hemos olvidado de la cruz, en que ella cruz tiene el lugar que debería ocupar realmente en nuestras vidas. Porque, si así fuera, entonces la cruz hubiese sido nuestra salvación en ese momento.

La Cruz nos invita a la santidad

El hermano John Stott dice, con respecto a la cruz: «La cruz de Cristo, base de nuestra salvación gratuita,

es el más poderoso incentivo para llevar una vida de santidad». Si la cruz de Cristo no nos mueve, no nos impulsa, no nos conduce, no nos interpela, entonces nuestra visión de la cruz no es una visión correcta.

La cruz de Cristo debe incentivarnos a llevar una vida de santidad. Si amamos esa cruz, si en realidad valoramos los sufrimientos de Cristo, entonces ella nos llevará a vivir una vida de santidad.

Lo contrario sería vivir en un círculo vicioso, donde –para decirlo con claridad– el pecado se trivializa bajo el argumento de que la cruz siempre está allí y que Dios siempre perdona. Esta es una comprensión errada del carácter de Dios, que lo reduce a una indulgencia sin santidad, como si el pecado no tuviera consecuencias y la gracia fuera una licencia para pecar una y otra vez.

La sangre vertida en la cruz no es sinónimo de que podamos ir y pecar, y volver y pecar, y volver a la cruz. Eso no es entender lo que Cristo hizo allí por nosotros. La cruz debe conducirnos a una vida de santidad, de negación, de purificación, no en nuestras fuerzas, sino confiando en el Espíritu Santo, en esa preciosa obra de la cruz de Cristo, que hoy día opera en nosotros.

El oferente y la ofrenda

Volvemos de nuevo al versículo leído en Hebreos, donde dice que Él se ofreció a sí mismo. El sacrificio es de alguien que ofrenda algo a Dios sobre un altar. En la antigüedad, el sacerdote era quien debía sacrificar a Dios un animal para la expiación de los pecados. Y él se purificaba primero a sí mismo, para luego degollar el cordero y rociar esa sangre sobre el pueblo.

Pero al llegar, en la historia, a este último Cordero, Juan el Bautista lo anuncia, diciendo: «He aquí el Cordero de Dios», un Cordero sin mancha, el Cordero perfecto, que fue preparado desde antes de la fundación del mundo. No cualquier cordero, ese Cordero, se presentaba ante el mundo.

«He aquí el Cordero de Dios». Hermanos, ¿quién era digno de ofrecer ese Cordero? ¿Quién era digno de tomar Su vida en sus manos? Por primera vez, la ofrenda era superior al oferente; por primera vez en la historia, el Cordero era mayor que aquel que lo podía ofrecer. De tal forma que no había nadie digno de tomar la vida de este Cordero en sus manos.

Pero piense un poquito más allá. ¿Se imagina si nadie hubiese podi-

do ofrecer ese Cordero a Dios? No estaríamos hoy día aquí. Nuestro lugar eternamente sería el infierno, y con toda justicia. Eso me recuerda el relato de Juan en Apocalipsis, cuando él mira alrededor, y observa que no hay nadie digno de abrir el libro y los sellos. ¿Qué hace Juan? Él llora.

Si nadie era digno de poder tomar la vida de aquel Cordero para ofrecerlo a Dios y así perdonar los pecados, ¡qué tragedia para la humanidad! Pero, igloria al Señor Jesucristo!, que él mismo dijo: «Padre, heme aquí, yo mismo me ofrezco». Porque el mismo Cordero se ofreció a sí mismo a Dios, por amor a ti, por amor a mí, para borrar nuestras rebeliones y reconciliarnos para siempre con Dios.

El mismo Cordero fue la ofrenda, y también el oferente. Jesús fue el Cordero de Dios y también el Sacerdote de Dios. Cuando vemos la cruz del Calvario, cuando vemos esa ofrenda preciosa, ¡cómo no amar esa cruz, si ella nos trajo salvación y vida eterna! ¡Gloria al Señor!

Lo que revela la Cruz

¿Qué nos muestra la cruz de Cristo y por qué debemos valorarla después de todo lo que hemos hablado? Veamos tres puntos de aquello

que nos muestra la cruz, y por lo cual debemos darle valor.

Lo primero que nos muestra la cruz de Cristo es la gravedad de nuestros pecados.

Si al mirarla no logramos ver lo horrendo de nuestros pecados, no estamos viendo bien Su cruz, no la estamos valorando bien, porque ella nos revela, de mejor manera, la gravedad de nuestros pecados. No había forma de perdonar con justicia nuestras injusticias, sino a través de la cruz de Cristo.

Si el Señor nos da la gracia espiritual para poder ver la cruz en su real dimensión, lo que debería provocar en nosotros es vergüenza por nuestros pecados. Si la cruz nos hace sentir vergüenza por los pecados cometidos, es la misma cruz la que nos da salvación, la misma que nos enfrenta a nuestras vergüenzas.

El Señor no murió en vano; su sangre no fue derramada en vano por nuestros pecados. Deberíamos avergonzarnos y confesar nuestros pecados. Él murió, no para que llevemos una vida pecaminosa, sino para que vivamos ahora, una vida nueva, agraciando el corazón de Aquel que murió por nosotros.

El amor de Dios

¿Qué más nos muestra la cruz? El amor de Dios, ¡cómo no! Creo que no hay otra forma más gráfica en que Dios haya mostrado Su amor para con nosotros, que la cruz.

Cuando los cristianos del primer siglo fueron dispersados, buscaron símbolos para identificarse, y usaron la figura de un pez, por ejemplo. Y el símbolo que prevaleció fue el de la cruz, el peor método de tortura que jamás existió.

Sin embargo, la cruz representa que somos cristianos, porque allí Dios mostró su amor por nosotros. Él decidió salvarnos desde la eternidad, pese a nuestros pecados. Él sabía que íbamos a ser infieles. Dios lo sabe todo: pero aún sabiendo esto, él decidió salvarnos. ¡Gloria a nuestro Dios!

La cruz, el método de Dios

Lo tercero que nos muestra la cruz es el método de Dios. La única forma en que el hombre puede reconciliarse con Dios, es por medio de la cruz. Algunos dicen: «Yo no necesito la cruz, no necesito creer en Jesús, no necesito ir a una iglesia, porque Dios es perdonador», como si Dios estuviera obligado a perdonar. Eso no es así. No hay reconciliación

ación posible con Dios, sino a través de la cruz de Cristo.

Y el método de Dios no es solo para reconciliarnos con él, sino también para reconciliarnos entre nosotros. La palabra que Pablo usa para reconciliación no es solo que dos vuelvan a estar de acuerdo en algún asunto. No. Ella tiene una connotación que habla de dos que vuelven a caminar juntos.

Hermanos, cuántas crisis matrimoniales hemos sufrido, y cuántas crisis que no son evidentes, que se están gestando ahora. Amados, sin la cruz operando en la vida del esposo y de la esposa, de los padres y de los hijos, de los hermanos de la iglesia, no hay reconciliación posible.

Sin la cruz, no hay reconciliación. Podemos llegar a una paz aparente, pero en algún momento todo puede volver a quebrarse, porque no valoramos la cruz, porque ella no tuvo el lugar que debería tener en nuestra casa, porque no acudimos a ella a tiempo. Matrimonios, como familia, acudamos a la cruz. En la cruz hay sanidad, hay reconciliación. Amemos la cruz.

Efesios 2:16, para reafirmar esta idea, dice: «*Y mediante la cruz reconciliar con Dios*». Pablo pone la

cruz en el centro de todas las cosas. Nada ha sido escrito al azar. «*Y mediante la cruz*». No hay otra manera. Si la cruz está en el centro, entonces hay reconciliación.

Una adecuada valoración de la Cruz

Para concluir, una correcta valoración de la cruz resulta de una comprensión equilibrada de la gravedad del pecado y de la majestad de Dios. Si reducimos estos aspectos, le estamos quitando valor a la cruz.

Por ejemplo, si llamamos al pecado *un desliz*, o cualquier otro nombre que no sea «pecado», estamos reduciendo el valor de la cruz. «Hermano, esto fue un desliz». «No, hermano, esto fue producto de que yo soy así». Bueno, ¿y qué hace la obra de la cruz, entonces? Más que cambiarnos, ¿no es dar muerte al pecador? Si llamamos al pecado un desliz, entonces nuestra visión acerca de la cruz se distorsiona.

El pecado es una rebelión contra Dios. Si tenemos la visión de un Dios indulgente, en lugar de un Dios que se indigna con el pecado, entonces la cruz se vuelve algo liviano, y pierde de valor. No puede ocurrir que la iglesia le reste valor a la cruz de su Amado. El mundo la desprecia; pero la iglesia debe valorar y amar

profundamente la cruz de su Salvador, vivir por ella, amarla hasta el fin.

Amemos la Cruz de Cristo

Hay un himno que dice: «Aunque el mundo desprecie la cruz de Jesús». Y hace esta idea de comparación por contraste. Ellos desprecian la cruz de Jesús. Y agrega: «...para mí tiene suma atracción», por sobre lo que el mundo nos ofrece.

¿La cruz tiene suma atracción para nuestra vida? ¿Estamos dispuestos a tomar la cruz y seguir al Señor donde él quiera que nos envíe? ¿Estamos dispuestos a amar esa cruz que él nos ofrece?

Un poema de Isaac Watts dice: «Al contemplar la magna cruz, donde murió el Príncipe de gloria, doy por perdidas mis más caras posesiones, y aborrezco mi orgullo. Si pudiese ofrecerle el mundo entero, sería para él un tributo demasiado pequeño. Un amor tan sublime, tan divino, demanda mi vida, demanda mi alma, mi todo». Que la cruz de Cristo logre esto en nuestros corazones. Que, al contemplar la cruz, estas palabras sean también nuestras palabras. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Retiro de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2025.

Cómo la vida del Espíritu Santo en nosotros nos permite transitar el camino de la cruz.

Nuestra comunión con la Cruz

Cristian Rojas

«Pero lejos esté de mi gloriarme, sino en la cruz de Cristo ... Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál. 6:14; 4:19). «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros y cumple en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Col. 1:24).

Al contemplar a Jesús en la cruz, cuando la visión de Cristo nos goberna, ella cumple un propósito: llevarnos a ser semejantes a él. Entonces, todo lo demás pierde valor. *«Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante»* (Flp. 3:13).

El camino de la cruz es un camino de día a día, no considerando lo vivido atrás. Es tan complejo que, en nosotros mismos, no somos competentes: nuestra competencia viene del Señor, nuestro ejemplo es él.

«Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto» (Gál. 4:19). El libro de los Hechos nos relata la primera visita de Pablo a las iglesias de la región de Galacia. Allí predicó el Evangelio de una manera tan extraordinaria, que ellos pudieron ver a Cristo. Pero ahora les dice: *«¿Quién os fascinó?»*. ¿Quién os

engaño? «*¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?*» (Gál. 3:3). ¿Cuál es el punto de inflexión que nos lleva a dejar de contemplar a Cristo y volvernos a la energía de la carne, a las obras y a cualquier otro evangelio que no sea Cristo?

Cómo terminar la carrera cristiana

«*Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo*» (Hech. 20:24). En la carrera cristiana, el asunto no es solo cómo empezamos – lo más importante es cómo terminamos. Pablo nos muestra que el foco, para él, era acabar la carrera. Nosotros luchamos día a día, en nuestro contexto, en la iglesia, en el matrimonio, en la familia; nuestra vida cristiana está llena de altibajos y dificultades. Mas Pablo tenía un objetivo – acabar la carrera. Y también les lleva a los hermanos ese paradigma.

¿Cómo estás terminando tu carrera? Pareciera que, con el paso de los años, la soberbia va ganando lugar en nuestro corazón, y empezamos a pensar que ya lo sabemos todo. Pero ¿de qué nos sirve participar en tantas conferencias o retiros, si la palabra de la cruz no es real en nuestras vidas, o si la iglesia local

no ve a Cristo en los ancianos o en los hermanos que deberían llevar el testimonio?

Pablo trae un llamado urgente a las iglesias. «*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*» (Gál. 6:14). Los judaizantes habían intentado engañar a los hermanos. Incluso Pedro había caído en esa sutilidad de aparentar algo. Y allí, Pablo, con un celo de Dios, hace una defensa tremenda del Evangelio.

Mirar la cruz de Cristo

La cruz de Cristo es el evangelio verdadero. Pablo decía que él no quería predicar ninguna otra cosa «*sino a Jesucristo y a este crucificado*» (1 Cor. 2:2).

A veces, pensamos que el evangelio de la cruz es solo la puerta de entrada. Pero Pablo nos mostrará que éste era parte de su vida y era también el camino. Si vemos la cruz solo como una perspectiva para llegar a la vida cristiana normal, nuestra vida continúa de forma anómala, y comenzamos a creer que, a través de las obras, somos mejores que otros hermanos.

Por eso, el Señor nos lleva a mirar la cruz. Solo ella nos centra, nos regula, nos ubica y nos muestra que sin él no somos nada, que en noso-

tros no hay nada que pueda agradar al Señor, que no estamos aquí porque seamos buenos, sino porque éramos pecadores.

El camino de la Cruz

Pero aun hay mucho más. Pablo decía: «*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe*» (2 Tim. 4:7). Este era su foco – el camino de la cruz. Las marcas de la cruz en él no eran solo algo retórico: él había sido apedreado, azotado, y aún había sido resistido. Su cuerpo estaba desfigurado, él tenía las marcas de la cruz en sus espaldas.

En lo cotidiano, tomar la cruz no es algo sencillo, porque, si en la iglesia nadie sufre, no hay testimonio del Señor. No hay iglesia sin dolor. Ella surgió del sufrimiento del Señor.

A veces, nos preguntamos por qué falta poder; damos por sentado y citamos Mateo 18:20: «*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*». Y nos abrazamos a frases sin realidad, porque falta cruz, porque nadie sufre.

El morir de Jesús

Pablo no vivía para sí, él vivía y sufría por los hermanos. No obstan-

te, su foco no estaba ni en la obra ni en la iglesia, sino en su Señor. «*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados*» (2 Cor. 4:7-8).

Y más: «...*llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús*», el morir de Cristo. ¿Por qué sufría Pablo, y tenía esos dolores de parto? Porque «*la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida*» (v. 12). La muerte es para que otros tengan esta vida que se dona – la vida de Jesús.

El amor expresado de Jesús fue darse por los demás. Dios quiere formar una familia con muchos hijos semejantes a Jesús, y eso no es algo automático. Por eso, necesitamos los dolores de parto, por eso necesitamos la cruz de Cristo. El dolor es para que Cristo sea formado en nosotros; pero esto no es algo obligatorio, es voluntario. «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*» (Mat. 16:24).

El Señor insiste en esto, porque somos tan obstinados, somos tan rápidos para juzgar a otros; pero él no se cansa de nosotros, él conoce nuestra realidad, y es tan paciente que, si al final de la carrera, Cristo

no ha sido formado en nosotros, habremos perdido mucho. Por eso, nuestro encargo es que acabemos bien la carrera, sabiendo que el tiempo es breve, y él viene.

Una carga en el corazón

Quisiera notar algunas cosas. Cuando Dios despierta el espíritu de Ciro, para restaurar Jerusalén, él ocupa a tres personajes: Esdras, Nehemías y Zorobabel. Nehemías, cautivo en Babilonia, sufría, porque supo que Jerusalén estaba en ruinas. Entonces, el rey lo autoriza para ir a Jerusalén. Había una carga en su corazón, un sufrimiento comparable al dolor de Pablo por los gálatas.

La carga del Señor por su iglesia. Cuando el Señor vino a este mundo, clamó: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mat. 23:37). Si no hemos alcanzado la estatura del varón perfecto, es porque no hemos querido. El Señor, en la cruz, dijo: «Consumado es». Todo lo que tenía que hacer, él lo hizo en la cruz. Y ahora él espera que estemos dispuestos a recibir su encargo.

Pablo vio al Señor y no fue rebelde a la visión celestial. Y al contemplar

Tomar la cruz no es algo sencillo. Si en la iglesia nadie sufre, no hay testimonio del Señor. No hay iglesia sin dolor.

a Jesucristo, y a este crucificado, le fue revelado el eterno propósito de Dios: Cristo y la iglesia. Entonces, pese a la persecución y al menosprecio, él se esforzaba más, y decía: «*Y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas*» (2 Cor. 12:15).

Ese era el corazón del apóstol. Y vemos ese mismo corazón en Nehemías, que dejó su comodidad en el palacio del rey para ir a Jerusalén, para recorrer las ruinas. Porque cuando nos acercamos al Señor, él nos revela la visión, y podemos ver qué es y qué no es la iglesia. Porque tenemos apreciaciones particulares, y por eso, hay tantas divisiones. Tal es el resultado de una vida sin cruz.

En ese punto de decadencia espiritual, cuando los gálatas dejan el verdadero Evangelio, Dios envía a Pa-

blo. Cuando Jerusalén estaba en ruinas, Dios toma la iniciativa, y despierta a sus siervos. Así también, hoy, él quiere despertar a hombres y mujeres para que respondan a su noble llamado. Él nos advierte que vamos a padecer, que no es un camino fácil. Pero, aun así, dice: «*Si alguno quiere venir en pos de mí...*».

Y una de las razones por las cuales rechazamos su cruz, es porque nuestro corazón no es totalmente para él.

La visión nos lleva a la Cruz

«*Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino ... Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno*» (Dan. 10:5, 8). Vemos cómo la visión de Cristo nos lleva de inmediato a la cruz; no es solo para ella quede en nuestras mentes, sino para que se encarne en nosotros.

«*Pero he aquí, uno con semejanza de hijo de hombre tocó mis labios. Entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores, y no me queda fuerza*» (v. 16).

El camino de la cruz no apunta a los dolores a causa de nuestros pecados o malas decisiones, sino al sufrir por los intereses del Señor.

Un día, el Señor nos dirá: «*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré*» (Mat. 25:21). Siempre, todo lo que hagamos, será poco, comparado con lo que él hizo por nosotros. Pero el Señor nos invita a padecer, para que podamos gustar su vida en nosotros.

«*Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás*» (Isaías 50:5). Contemple al Señor Jesús aquí. Ciertamente, él fue valiente, no titubeó cuando tenía que ir a la cruz.

Y en el Getsemaní, él clamó: «*Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú*» (Mat. 26:39), mostrando el carácter eterno de la cruz.

El Señor, nuestro modelo

«*Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos*» (Isaías 50:5-6). El Señor, caminando hacia la cruz, es nuestro modelo. El contemplarle debe encender nuestros corazones, porque de otra forma no podremos entender este camino. Allí, los cielos nos son abiertos y una revelación genuina baja al corazón.

«Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado» (v. 7). Pablo comprendió esto. Él fue vituperado y fue golpeado. Pero ¿qué había en su corazón? Él decía: *«He trabajado más que todos»* (1 Cor. 15:10), refiriéndose a los otros apóstoles.

Y en 2 Corintios 12:15: *«Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas»*. Esas expresiones hablan del camino de la cruz en la vida de Pablo.

¿Por qué te estás gastando tú, hermano? Pablo fue cautivado por esa visión; para él no había nada mejor que ser formado a la imagen de Cristo y que en los demás también fuese lo mismo. Por eso él se esforzaba, y padecía. Sin aquello, no hay expresión del cuerpo de Cristo.

Un corazón dispuesto

«Los ojos del Señor recorren toda la tierra buscando un corazón dispuesto». Recordemos la historia de Jesús con aquel joven rico. A veces, la miramos pensando solo cuán difícil es que los ricos entren en el reino de los cielos. Pero la verdad es que, en el fondo, no nos muestra solo eso, porque tanto los que

tienen posesiones como los que no las tienen, enfrentan un gran peligro.

Marcos capítulo 10 y Mateo 19 son pasajes paralelos. Marcos dice: *«Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»* (10:17).

Aquí, desde los primeros versículos, el Señor empieza a mostrar el corazón del hombre. El capítulo parte hablando sobre el divorcio y dice: *«Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así»* (Mat. 19:8). Luego leemos el pasaje donde los niños venían al Señor y él dice a los discípulos: *«Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos»* (v. 14). En ese contexto, se acerca este joven rico.

«Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tie-

nes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y ségueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones» (Mat. 19:17-22).

¿Qué más me falta?

El joven le dijo: «*Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?*».

En este diálogo, captamos el cuidado que tiene el Señor en cautivar aquel corazón. ¿Y por qué ese joven se fue triste? «*Porque tenía muchas posesiones*». Él llegó a ese entendimiento, porque siempre que tenemos un encuentro real con el Señor, él nos muestra nuestro corazón.

Al abordar este pasaje, siempre resaltamos a Jesús como la mayor de todas las riquezas, y cómo este joven rechazó ese tesoro escondido que estaba delante de él. Pero, desde la perspectiva de Dios, había otro tesoro allí – el corazón de aquel joven. Aquel era un tesoro que el Señor quería conquistar.

A veces, cuando en la asamblea hay hermanos que no son tan espirituales como nosotros creemos serlo, los miramos en menos. Pero el Señor se acercaba, porque, para él, el corazón era un tesoro a conquistar. Él quería cautivar el corazón de este

joven en amor, para que él lo siguiera.

¿Por qué el Señor quiere conquistar nuestro corazón? ¿Cuáles son las posesiones que no queremos dejar? Pedro dijo: «*He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido*» (Mat. 19:27). Ellos no tenían muchas posesiones, pero Pedro dejó su barca y sus redes. Ese era su todo. Y siguió al Señor.

¿Qué ocupa hoy el centro en tu corazón? El Señor dice: «*Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres*» (Mar. 10:21). Podrían pasar muchos años, y si el carácter de Cristo no es formado en nosotros, seguir siendo los niños espirituales del inicio, bebés en Cristo, como Pablo dice en Gálatas 4:19: «*Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto*». La invitación es a que Cristo sea formado en nosotros. Para eso, debemos tener comunión con la cruz.

El error del joven rico no fue haberse ido triste. La forma en que reaccionamos toda vez que tenemos una circunstancia difícil, mostrará lo que hay en nuestro corazón. Las dificultades abren las cortinas de nuestro corazón para mostrar los ídolos que en él hay, muestran quién nos está gobernando.

La Cruz, el verdadero evangelio

En Gálatas, vemos la cruz de Cristo en la vida de Pablo. «...el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo» (Gál. 1:4). Versículo 15: «...agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí».

Esto nos revela que, si estamos aquí, es porque a Dios le agrado. No es el resultado de las circunstancias. ¡Cómo cambió Pablo tras su encuentro con Cristo mismo! Él dejó atrás todo lo que vivió antes de conocer a Cristo. Este es el verdadero evangelio – la cruz que nos centra en el Señor.

«...y no era conocido de vista a las iglesias de Judea, que eran en Cristo; solamente oían decir: Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba. Y glorificaban a Dios en mí» (Gál. 1:22-24). Esas eran las marcas de Cristo en su vida. Ellos glorificaban a Dios por la vida de Pablo, porque para él, Cristo y la cruz no era solo un mensaje, sino que esto se había encarnado en su vida. ¿Será que en nuestra asamblea los hermanos glorifican a Dios por nosotros?

«Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen al-

gunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos» (Gál. 2:11-13).

La religión produce hipocresía, que prediquemos de la cruz, pero no la vivamos, y nos separa de los hermanos. La falta de cruz nos lleva a aparentar. El Señor nos libre de ser tropiezo a los demás.

Si no abrazamos la cruz, cualquiera puede acabar mal la carrera. Este es un llamado solemne a volver el corazón al Señor. Quienes tenemos responsabilidad en nuestras localidades, a causa de una palabra, una actitud o una conducta, podemos dañar a aquellos por los cuales el Señor derramó su sangre preciosa.

Pablo resistió a Pedro en su simulación, «porque era de condenar». ¡Cuántas veces el Señor nos tiene que llamar la atención! ¿Y qué haremos, cuando un hermano nos exhorte? ¿Nos apartaremos tristes? ¿Nos iremos? ¿Cómo reaccionamos ante la cruz? Porque ella actúa a través de dos formas y una de ellas es a través de Su palabra. «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Heb. 3:15).

La Cruz en las circunstancias

El Espíritu Santo resalta lo del corazón. ¡Qué importante es para Dios el corazón!

Pero cuando la palabra no ha tocado el corazón, entonces, el Señor utiliza otro instrumento – las circunstancias. Y necesitamos que un hermano mayor nos diga: «Mira, no hagas eso. Esa conducta no es del Señor. En eso no estás siendo un imitador de Cristo. Eso no te conviene». ¿Cómo reaccionar? Y para esto ¿quién es suficiente? El Señor tenga misericordia de nosotros, que no nos falte fe, que en la prueba no nos apartemos de él.

Sigamos con esta línea en Gálatas, Pablo empieza a sentar algunas verdades. *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»* (Gál. 2:20).

Aquellos que se habían desligado de la gracia, que habían dejado de contemplar el Evangelio verdadero, donde la cruz de Cristo ocupa el lugar central, Pablo los vuelve a centrar y les dice: «Hermanos, estamos crucificados con Cristo. No solo fuimos incluidos en su muerte, sino también incluidos en su vida».

El Señor tomó la cruz y sufrió la cruz desde su nacimiento, padeciendo como nosotros, sujetándose a la limitación humana. Por eso, Pablo dice: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, ya no vivo yo, más vive Cristo en mí»*. No solo fuimos incluidos en su muerte, sino también ahora su vida opera en nosotros. Tomar la cruz no es esfuerzo nuestro. Es la obra del Espíritu Santo. *«Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!»* (Gál. 4:6).

No estamos solos

Y luego dirá en el verso 5:6 que, aunque en nuestra carne están estos deseos pecaminosos, también el Espíritu Santo nos anhela celosamente y lucha por nosotros. En el camino de la cruz, no estamos solos. El Señor nos puso en su victoria y derramó su Espíritu para que ahora esa vida en nosotros nos permita transitar el camino de la cruz.

«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación ... De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» (Gál. 6:14-15, 17).

La visión de Pablo no estaba puesta aquí en la tierra, sino en la eternidad. A menudo perdemos el valor de la cruz, porque dejamos de contemplar al Señor en el trono con las marcas de la cruz, y ponemos la vista en las cosas terrenales.

Algunas aplicaciones prácticas

En la defensa del evangelio y de «*Jesucristo, y a este crucificado*» que hace Pablo en Gálatas, aborda asuntos que afectan la comunión, uno de los cuales es la libertad cristiana.

«*Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros*» (Gál. 5:13). Cuántos terminan dividiéndose, y ya no volvemos a caminar juntos, porque levantamos la bandera de la libertad. Pero Pablo nos centra; por un lado, nos saca del legalismo y, por otro, nos saca del libertinaje, y nos encarga servirnos unos a otros en amor; porque en la iglesia no se debe levantar otra bandera, sino la bandera del amor.

«*Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros*» (v.

14-15). Esto ocurre cuando dejamos de tener comunión con la cruz. Entonces, desarrollamos sutiles formas de ofender; ya no solo actitudes, sino palabras sutiles, y nos lastimamos. La cruz no tiene sentido si esta visión no se encarna o se vuelve práctica.

A veces el Señor nos habla, y decimos «Amén»; podemos llorar si un hermano nos aconseja, y decimos: «Sí»; pero, persistimos en hacer lo que queremos, porque nuestro corazón no ha sido totalmente conquistado por el Señor.

Por eso, él quiere conquistarnos, derribando todo ídolo, para que podamos amarle, seguirle y acabar bien la carrera. Que podamos, voluntariamente, dejarnos examinar por él, y rendirle nuestros corazones. «*Una cosa te falta*», es su exhortación para nosotros. «*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*» (Heb. 3:15).

Que él pueda cautivarnos y atraernos hoy. Que podamos dejarlo todo y seguirle. Que él ocupe todas las circunstancias y podamos mirar nuestra vida desde la perspectiva de Dios. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en el Retiro de iglesias en Rucacura (Chile), en enero de 2025.

LEGADO

El espectáculo de la cruz fue dramático y terrible; mas, para la fe, es la visión más feliz que podamos contemplar.

La tristeza de la Cruz convertida en gozo

C.H. Spurgeon

«Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo» (Juan 16:20-22).

El pensamiento predominante en relación a la muerte del Redentor, debe ser de alabanza y gratitud. Que nuestro Señor haya muerto en la cruz es una fuente natural de tristeza, y muy bien pueden quienes lo traspasaron (y todos nosotros nos contamos entre ellos), mirarle, llorar por su pecado y afligirse por Él.

Antes de saber que hemos sido perdonados, nuestra aflicción tiene que ser opresiva, pues mientras el pecado no sea quitado, somos culpables de la sangre del Salvador.

Mientras nuestras almas solo estén conscientes de nuestra parte de culpabilidad, debemos quedar espartados ante el espectáculo del madero; pero el caso cambia cuando discernimos por fe el fruto glorioso de los sufrimientos de nuestro Señor, y sabemos que, en la cruz, Él nos salvó y triunfó en su obra.

El sentimiento de dolor al ver al Salvador crucificado debe ser cultivado en cierta medida, pues contrista según Dios y promueve en nosotros un horror al pecado, y una firme resolución de alejarnos de toda comunión con las tinieblas.

Es notable que los apóstoles, en sus escritos, no hablan de la muerte de nuestro Señor con algún tipo de pesar. Los Evangelios mencionan su angustia en la hora de la crucifixión, pero después de la resurrección, y especialmente después de Pentecostés, no oímos de tal tristeza.

Si me limitara a los dichos y a los escritos de los apóstoles, difícilmente hallaría un pasaje en el que me pudiera basar, para predicar un sermón sobre la tristeza por la muerte de Jesús.

Por el contrario, hay muchas expresiones que tratan la crucifixión en un espíritu de gozo.

Pablo declara: «*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*» (Gál. 6:14). Él tenía, sin duda, una idea tan vívida de las agonías del Señor, que nadie de nosotros podría lograr, y sin embargo, la muerte de Cristo era para él motivo de regocijo, e incluso una razón para gloriarse.

Noten cómo habla Colosenses: «*Anulando el acta de los decretos*

que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Col. 2:14-15).

Y al leer las Epístolas de Juan, donde abunda el sentimiento y la ternura, no hay llanto ni lamento, sino que él habla de la sangre que purifica, que es el propio centro del gran sacrificio, de manera feliz, muy lejos del dolor y del derramamiento de lágrimas.

Juan dice: «*Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*» (1 Juan 1:7). Esta alusión a la sangre de la expiación sugiere más bien gozo y paz, que tristeza y agonía.

También Pedro habla de «la sangre preciosa de Cristo», pero no con palabras de tristeza, y no describe al Señor, cargando nuestros pecados sobre el madero, con un lenguaje de lamento. Él dice de quienes sufrieron por el Evangelio: «*Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo*» (1 Ped. 4:13). Él encontraba una base para regocijarse en los padecimientos de Cristo mismo.

Yo no creo que «la agonía de tres horas», la iglesia a oscuras, el altar de luto y todos los ritos fúnebres reciban el menor estímulo del espíritu de los apóstoles. El lenguaje de nuestro texto permite y a la vez prohíbe la tristeza; da permiso de llorar, pero solo por un tiempo, y luego prohíbe todo llanto posterior mediante la promesa de convertir la tristeza en gozo.

«*Vosotros lloraréis y lamentaréis*» (Juan 16:20), esto es, mientras agonizaba y estaba muerto y enterrado, sus discípulos estarían sumamente angustiados.

«*Pero, aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo*» (Juan 16:20); su dolor llegaría a un término cuando le vieran resucitado de los muertos; y así fue, pues leemos: «*Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor*» (Juan 20:20).

Para su incredulidad, el espectáculo de la cruz era solo tristeza; pero ahora, para la fe, es la visión más feliz que pueda contemplar. Como una mujer a la que le nace un hijo, olvidamos el dolor por el gozo del glorioso nacimiento que la iglesia y el mundo pueden ahora contemplar con el máximo deleite, al mirar a Jesús, «*el primogénito de entre los muertos*».

I. La muerte de Jesús, un tema de tristeza

Durante los tres días que nuestro Salvador estuvo sepultado, había más motivo de tristeza del que puede de haber ahora que él ha resucitado.

Primero que nada, para los discípulos, la muerte de Jesús fue la perdida de su presencia personal. Era un gran deleite tener siempre al Señor en medio de ellos como su Maestro, y fue un gran dolor pensar que ya no oirían más su voz ni verían su rostro. Ellos eran felices de tenerle siempre a su disposición, en comunión de amor, guiándolos con su ejemplo perfecto, animándolos con su presencia, satisfaciendo todas sus necesidades y protegiéndolos de todo mal.

Sus corazones fueron angustiados ante el anuncio de su partida. Ellos sentían que serían como ovejas sin pastor: niños huérfanos separados de su mejor amigo y ayudador. No sorprende que se lamentaran cuando la esperanza de sus almas les fue quitada.

Ellos estaban tristes no solo por su propia pérdida personal en su partida, sino porque él mismo les era muy querido. No podían soportar que se fuera aquel en quien centraban todo su afecto. Su tristeza mos-

traba que sus corazones eran leales a él. Nada podía compensarles la ausencia de Jesús.

Aquellos que han perdido a sus seres más queridos, sabrán qué tipo de tristeza llenaba el corazón de ellos cuando él les anunció que iba a partir, y que no le verían por un tiempo.

Este lamento era natural; y es natural que nosotros también sintamos pesar porque no tenemos su presencia corporal, aunque entendemos la conveniencia de su ausencia, y esperamos su venida.

Incrementaba la tristeza de los discípulos, el hecho que el mundo se alegraría cuando el Señor hubiese partido. Sus enemigos lo llevarían al banquillo de los acusados, se alegrarían viéndole cargar la cruz, estarían alrededor y se burlarían. Ello restregaba sal en las heridas de los abatidos discípulos, e inyectaba una doble dosis de hiel y ajenjo en la copa que ya era tan amarga.

Había otro elemento que los entristecía, y era que su muerte fue por un tiempo la frustración de sus esperanzas. Inicialmente habían esperado anhelantes un reino temporal, el mismo que todos los judíos esperaban.

Aun cuando Jesús había iluminado sus perspectivas, de tal forma que

no buscaban ya tanto una soberanía temporal real, sin embargo, ese pensamiento que *«él era el que había de redimir a Israel»* (Luc. 24:21) aún permanecía en ellos.

Si alguno de ellos hubiese sido tan entendido como para creer en un reino espiritual, le habría parecido que todas sus esperanzas se derribaban.

¿Cómo podría ser establecido un reino si el propio Rey fue asesinado? ¿Cómo podrían albergar esperanzas? Sin duda, en su incredulidad, su esperanza parecía extinguida y su fe trastocada. Sabían tan poco del significado del presente, y adivinaban tan poco de lo que traería el futuro, que la tristeza llenaba sus corazones.

Junto a esto, estaba el recuerdo que ellos guardaban de su amado Señor en sus agonías. ¿Quién puede reprimir su tristeza cuando Jesús es insultado por criados, ultrajado por seres miserables, abandonado por sus amigos y blasfemado por sus enemigos? Ver al Cordero de Dios maltratado quebrantó sus corazones.

Nunca hubo dolor como el dolor de Jesús, ni angustia que se asemejara a su angustia. Sus terribles dolores deben haber traspasado el corazón de todos los hombres de

mentes rectas que contemplaron su abatimiento; y especialmente sus amados deben haberse sentido prestos a morir cuando lo vieron morir de esta manera. Con el simple recuerdo de lo que soportó nuestro Señor, tiene que haber tristeza; y es natural que la haya, porque Cristo ha muerto.

Uno de los puntos más agudos acerca de nuestra tristeza por la muerte de Jesús, es que nosotros fuimos la causa de ella. Nosotros crucificamos virtualmente al Señor, porque, siendo pecadores, él debía ser convertido necesariamente en un sacrificio. Si ningún hombre se hubiese descarrido, entonces nuestros descarríos no habrían sido reconocidos y amontonados en la cabeza del Pastor.

La lanza que traspasó su corazón fue forjada con nuestras ofensas: la venganza era exigida por los pecados que nosotros cometimos y la justicia exigió sus derechos de Sus manos. ¿Qué discípulo no se entristecería al ver que él mismo ha matado a su Señor?

Juntando todo esto, hay abundantes razones del por qué los discípulos estaban afligidos, y por qué debían expresar su aflicción con llantos y lamentos. Ellos se lamentaban como los que participan en un fu-

Es muy notable que los apóstoles, en sus escritos, no hablan de la muerte de nuestro Señor con algún tipo de pesar.

neral: «*Vosotros lloraréis y lamentaréis*», un dolor digno del Sepultado por quien guardan luto. Hubo una doble vía de salida para una doble tristeza: los ojos lloraron y las voces lamentaron.

La muerte de Cristo fue un verdadero funeral para sus seguidores y causó un aplastante dolor, como si cada uno de ellos hubiese perdido a todos los de su casa. ¿Quién se sorprende de que haya sido así?

«*Tristeza ha llenado vuestro corazón*», dice Cristo (Juan 16:6). No tenían espacio para pensar en otra cosa excepto en Su muerte. Su corazón estaba a punto de estallar porque él les había sido quitado, y ese dolor podía ser comparado con los dolores más agudos que la naturaleza es capaz de soportar: los

dolores de parto de una mujer, dolores que parece que deben acarear muerte con ellos, y comparados con los cuales la muerte misma podría ser un descanso.

La agudeza de su angustia en la hora de su tribulación era todo lo que podían soportar, algo más los habría destruido. Todo esto sintieron, y no es ninguna sorpresa si sentimos en cierta medida como ellos sintieron, cuando evocamos lo que soportó el Salvador por nosotros.

2. La tristeza convertida en gozo

Vemos que la muerte del Señor obró dolor: pero hay moderación aun en el luto más justificable, y no debemos entregarnos a un excesivo dolor a los pies de la cruz, para que no degenera en insensatez. «*Vuestra tristeza se convertirá en gozo*»; no intercambiada por gozo, sino transmutada, de tal forma que el dolor se convierte en gozo; la causa del dolor se vuelve la fuente de regocijo.

Lo que era un punto muy agudo de este dolor, de inmediato es convertido en gozo. Que Jesucristo murió por nuestros pecados, es causa de un dolor agudo: lamentamos que nuestros crímenes se convirtieran en los clavos y nuestra incredulidad

en la lanza: y, sin embargo, este es el mayor gozo de todos.

Si cada uno de nosotros puede decir: «*Él me amó, y se entregó por mí*», somos realmente felices. Si ustedes saben, por fe personal, que Jesús tomó su pecado y sufrió por causa de él en el madero, de tal forma que ahora su deuda está pagada y su transgresión ha sido borrada para siempre por Su sangre preciosa, no necesitan más palabras para indicarles que esto, que constituyó el centro de su dolor, es también la esencia de su gozo.

¿Qué nos importaría si él hubiese salvado a todo el resto de la humanidad, pero no nos hubiese redimido a *nosotros* para Dios con su sangre? Tal vez nos alegraríamos por simple humanidad que otros fueran beneficiados, pero cuán profundo sería nuestro pesar por ser nosotros mismos excluidos de la gracia.

Bendito sea el nombre del Salvador, porque no somos una excepción: en la misma medida en que nos reconvengamos arrepentidos por la muerte de Jesús, en esa misma medida podemos gozarnos con fe en el hecho de que Su sacrificio ha quitado para siempre nuestros pecados, y por tanto siendo justificados por fe, tenemos paz con Dios

por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Debido a que Dios ha condenado el pecado en la carne de Jesucristo, no nos condenará más a nosotros; de ahora en adelante somos libres, para que la justicia de la ley sea cumplida en nosotros que no andamos conforme a la carne sino conforme al Espíritu. Lamentamos nuestro pecado de corazón, pero no lamentamos que Cristo lo haya quitado ni lamentamos la muerte por medio de la cual, él lo quitó; más bien nuestro corazón se regocija en sus agonías expiatorias, y se gloría cada vez que se menciona esa muerte por la cual nos ha reconciliado con Dios.

Es muy triste que hayamos cometido el pecado que cargó sobre nuestro Señor, pero es un gozo pensar que él ha puesto sobre sí nuestro pecado personal y lo quitó de inmediato.

El siguiente punto de gozo es que Jesucristo ha sufrido ahora todo lo que era requerido que sufriera. Que haya sufrido fue causa de dolor, pero que ahora ha sufrido todo, es igualmente causa de gozo.

Cuando un campeón regresa de las guerras mostrando las cicatrices del conflicto por el cual ganó sus honores, ¿acaso alguien se lamenta por

sus campañas? Por tanto, no nos entristezcamos hoy porque las manos de Jesús hayan sido traspasadas; no lamentemos que sus pies hayan sido clavados al madero. El rostro más desfigurado que el de los hijos de los hombres, es ahora más amable por desfigurado. El poderoso amor que le permitió soportar Su dolorosa pasión ha impreso en él encantos completamente inconcebibles en su dulzura.

No lamentemos, entonces, pues la agonía ya terminó. Ahora no hay cruz para él, excepto en el sentido que la cruz le honra y le glorifica; ya no queda para él una lanza cruel ni una corona de espinas, excepto que de ellas él obtiene un rédito de honor y títulos siempre renovados, que le exaltan cada vez más y más alto en el amor de sus santos.

Gloria sea dada a Dios, pues Cristo no dejó de sufrir ni uno solo de todos sus dolores sustitutivos; él ha pagado hasta el último centavo de nuestro terrible precio de rescate. Los dolores expiatorios han sido todos soportados, la copa de ira fue bebida hasta quedar seca, y debido a esto, nosotros, conjuntamente con todas las huestes de arriba, nos regocijaremos por siempre.

Nos alegramos no sólo porque ya ha pasado la hora de dar a luz, sino

también porque nuestro Señor ha sobrevivido Sus dolores. Él murió una muerte real, y ahora vive una vida real. Él permaneció en la tumba, y no fue una ficción que el alieno le abandonó: tampoco es una ficción que nuestro Redentor vive.

El Señor ciertamente ha resucitado. Él ha sobrevivido la lucha mortal y la agonía. No está lesionado en ninguna facultad, ya sea humana o divina. No ha perdido nada de su gloria, sino que más bien su nombre está rodeado ahora de un lustre más resplandeciente que nunca. No ha perdido ningún dominio, y tiene derechos y títulos superiores en un nuevo imperio. Por sus pérdidas resultó ganador y por el abatimiento ha sido exaltado.

Él es absolutamente victorioso en todo sentido. Nunca hasta ahora ha habido una victoria ganada que no haya sido en algunos sentidos tanto una pérdida como una ganancia, pero el triunfo de nuestro Señor es gloria sin mezcla. Es una ganancia tanto para él mismo como para nosotros que participamos de ella.

¿Acaso no nos regocijaremos entonces? Cómo, ¿vas a sentarte a llorar junto a una madre que se alegra al mostrar a su hijo recién nacido? Y así, hoy, ¿cantaremos himnos de dolor cuando el Señor ha resuci-

tado, y no sólo está vivo e invencible, sino que es mucho más glorificado y exaltado que antes de su muerte? Él se ha ido a la gloria porque toda su obra está acabada. ¿No debería convertirse en gozo tu tristeza en el más enfático sentido?

Y tenemos que agregar esto, que el grandioso fin que su muerte pretendía alcanzar está todo cumplido. ¿Cuál era ese fin? Puedo dividirlo en tres partes. Era quitar el pecado por el sacrificio de sí mismo, y eso está cumplido. Él ha puesto fin a la transgresión, él ha terminado con el pecado; él ha tomado toda la carga del pecado de sus elegidos y la ha arrojado al pozo del abismo. Él ha alejado de nosotros nuestro pecado, y ha resucitado para demostrar que todos aquellos por quienes murió, son justificados en él.

Un segundo propósito fue la salvación de sus elegidos, y esa salvación ha sido obtenida. Cuando él murió y resucitó, la salvación de todos los que estaban en él, fue colocada más allá de todo riesgo. Él nos ha redimido para Dios por su sangre.

Nadie de los que fueron redimidos por él será esclavizado ni será dejado en el pecado o arrojado en el infierno. Él ha ido a la gloria llevando sus nombres en su corazón, e intercede allí por ellos, y por eso

puede salvarlos perpetuamente. «*Padre*», dice, «*aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado*» (Juan 17:24), y esa súplica

hace posible que estén con él y sean semejantes a él cuando llegue el fin.

Sin embargo, el grandioso objetivo de su muerte fue la gloria de Dios, y realmente Dios es glorificado en la muerte de su Hijo, más allá de todo lo que se conocía antes o después; pues aquí el propio corazón de Dios es abierto de par en par para la inspección de los ojos de los creyentes: su justicia y su amor, su rígida severidad que no pasará por alto al pecado sin expiación, y su ilimitado amor que da lo mejor de sí, el Amado, para que muriera en lugar nuestro.

Sí, oh Cristo de Dios, «*Consumado es*» (Juan 19:30). Has hecho todo lo que querías hacer, todo el designio completo ha sido cumplido, ni un solo propósito ha fallado, ni siquiera una parte de algún propósito ha dejado de cumplirse, y por tanto, ¿no deberíamos regocijarnos?

El niño ha nacido. ¿No nos alegraremos? El trabajo de parto habría sido un tema de gran dolor si la madre hubiera muerto, o el niño hubiese perecido en el nacimiento:

pero ahora que todo terminó, y todo está bien, ¿por qué deberíamos recordar la angustia por más tiempo? Jesús vive, y su gran salvación alegra a los hijos de los hombres.

Toquen el clarín, pues la batalla ha sido peleada y la victoria ha sido obtenida para siempre. ¡Su propia diestra y su brazo santo le han dado la victoria! Aunque el campeón murió en el conflicto, sin embargo, en su muerte el mató a la muerte y destruyó a quien tenía el poder de la muerte.

Nuestro glorioso Campeón se ha levantado de su caída, pues era imposible que fuese retenido por los lazos de la muerte. Él ha matado a sus enemigos, él mismo, se ha levantado del sepulcro. ¡Gocémonos como lo hizo Israel junto al mar Rojo, cuando Faraón fue vencido!

Aún no habremos completado la obra de convertir la tristeza en gozo mientras no veamos que ahora, las mayores bendiciones posibles se acumulan sobre nosotros, porque él fue hecho maldición por nosotros. Por su muerte, viene el perdón, la reconciliación, la aceptación: Su sangre habla mejor que la de Abel, e invoca todas las bendiciones del cielo sobre nuestras cabezas.

El corazón se regocija en Sus agonías expiatorias, y se gloria en esa muerte por la cual nos ha reconciliado con Dios.

Pero Jesús no está muerto. Él resucitó, y esa resurrección trae justificación, y la seguridad de su perpetua intercesión en el cielo. Nos trae su presencia representativa en la gloria, y la preparación de todas las cosas para que estén listas para nosotros: nos trae una participación en toda potestad que le es dada en el cielo y en la tierra, en cuya fuerza nos ordena que vayamos y enseñemos a todas las naciones, bautizándolas en Su nombre santo.

Amados, Pentecostés viene a nosotros porque Jesús partió de nosotros; los dones del Espíritu Santo: dones que iluminan, consuelan, reviven. El poder para proclamar la palabra, y el poder que acompaña esa palabra, todo eso nos ha llegado porque ya no está más con no-

sotros, pues ha pasado a través de las regiones de los muertos para recibir su corona.

Y ahora, tenemos de nuevo este gran gozo: que debido a que él murió, hay un reino incombustible establecido en el mundo, un reino cuyo poder subyace en la debilidad, cuya gloria radica en el sufrimiento, y sin embargo no puede ser aplastado: un reino de amor, un reino de abnegación, un reino de amabilidad, verdad, pureza, santidad y felicidad.

Jesús encabeza un reino en el que Dios ama a los hombres y los hombres aman a Dios: habiendo mostrado ser el Príncipe del amor que se inmola, él es justamente exaltado al trono en medio de las aclamaciones de sus santos. Su reino, informe como parece a los ojos carnales, hará pedazos, sin embargo, a todos los reinos de este mundo en el tiempo señalado, y abarcará toda la tierra.

El reino incólume del Pastor sufriente, inaugurado por su muerte, establecido por Su resurrección, extendido por la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, y afirmado por el pacto eterno, se aproxima aceleradamente.

Cada hora alada lo acerca más a su manifestación perfecta. Sí, el reino

viene: el reino cuyo fundamento fue puesto en la sangre de su Rey en el Calvario.

Felices aquellos que están colaborando en su establecimiento, pues cuando el Señor sea revelado ellos también serán manifestados con él en el día de la victoria, de la misma manera que estuvieron lado a lado en la batalla. Entonces, en verdad, nuestra tristeza se convertirá en gozo.

Allí debemos concluir el tema, haciendo únicamente la observación de este hecho, que ese gozo es realmente gozo del corazón. «*Se gozará vuestra corazón*» (Juan 16:22), dijo nuestro Salvador.

Este no es un júbilo superficial, sino una dicha profunda arraigada en el corazón. Es también un gozo permanente. «*Nadie os quitará vuestro gozo*». Ni el tiempo ni la eternidad pueden robarnos ese gozo.

3. El principio general involucrado en este caso particular

El principio general es este, que en conexión con Cristo deben esperar tener tristeza. «*Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará*» (Juan 16:20). Pero independientemente de cualquier tristeza que sientan en conexión con Jesús, hay esta consolación: los dolores son todos dolores de parto, son los pre-

liminares necesarios de un gozo siempre creciente y abundante.

Hermanos, como ustedes han llegado a conocer a Cristo, han sentido un dolor más agudo por causa del pecado. Dejen que permanezca, pues está obrando santidad en ustedes. Si han sentido una sensibilidad más viva a causa de los pecados de los que los rodean, no deseen ser privados de ella: será el medio para que los amen más, para que oren más por ellos, y para que busquen más su bien, y estarán mejor calificados para prestarles un servicio real y conducirlos a su Señor.

Tal vez han tenido que soportar un poco de persecución, duras palabras, y un trato frío. No se impacienten, pues todo esto es necesario para llevarlos a tener comunión con los sufrimientos de Cristo, para que puedan conocerlo más y puedan asemejarse más a él.

A veces ven la causa de Cristo como si estuviese muerta, y se entristecen por ello. El enemigo triunfa, la falsa doctrina progresá, Jesús parece ser crucificado de nuevo, o permanece olvidado. Está bien que sientan así, pero en ese mismo sentir debe existir la certeza que la verdad de Cristo no puede ser enterrada por largo tiempo, sino que espera para levantarse otra vez con poder.

Siempre que la verdad parece ser repelida, no hace sino retroceder para dar un salto mayor hacia adelante. Como cuando la marea se retira lejos, esperamos que regrese en la plenitud de su fuerza, lo mismo sucede con la iglesia. Si la marea se retrae poco, sabemos que no se levantará mucho, pero cuando vemos el arroyo extinguiéndose con prontitud, dejando el lecho del río casi seco, esperamos verlo rodar con violencia cuando suba la marea hasta desbordar sus riberas.

Siempre esperen el triunfo del cristianismo cuando otros les digan que está derrotado. Las victorias superlativas de la verdad siguen a sus peores derrotas. Tengan fe en Dios. Dice su Señor: «*Creéis en Dios, creed también en mí*» (Juan 14:1). Crean en Cristo, confíen en él, descansen en él, trabajen para él, sufran por él, pues él vencerá. Pronto los paganos se convertirán en su herencia, y los confines de la tierra serán su posesión. Su tristeza se convertirá en gozo en todos estos casos.

Siempre que su tristeza sea el resultado de pertenecer a Cristo, deben congratularse por ello, pues, así como la primavera engendra al verano, así la tristeza vinculada con Cristo nos produce gozo en el Se-

ñor. Lleven ese pensamiento con ustedes y siempre estén alegres.

Con una observación termino. No voy a reflexionar sobre ella, sino que la dejaré para que se quede en la memoria de quienes tengan que ver con ella. La presento a las mentes de todos aquellos que no son creyentes en Cristo. Noten que el Señor dice: «*Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero, aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo*» (Juan 16:20).

La alegría del mundo se convertirá en tristeza. Así será. No hay ningún placer que goce el impío cuando se entrega al pecado, que no se cuaje en dolor y se convierta en tristeza para siempre. Ay de los que ríen ahora, pues llorarán y se lamentarán. Ay de los que ahora se regocijan en el pecado, pues crujirán sus dientes, y llorarán y gemirán por causa de ese mismo Cristo que ahora rechazan.

Bienaventurados los que lloran ahora, porque ellos recibirán consolación, pero ay de los que están hartos hoy, pues tendrán hambre. Que el Señor les libre de tal condenación llevándolos ahora a someterse a Jesús, y a creer en su nombre.

<http://www.spurgeon.com.mx/>

LEGADO

La expresión "la cruz de Cristo" es el centro mismo del evangelio de Jesucristo.

El significado de la cruz de Cristo

J.C. Ryle (1816-1900)

«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (Gálatas 6:14).

«La cruz» es una expresión usada en más de un sentido en la Biblia. ¿Qué quiso decir Pablo cuando escribió: *«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo»*, en la epístola a los Gálatas? Éste es el punto que quiero examinar de cerca y dejar en claro ahora.

Significados de la expresión «la cruz»

La cruz significa, a veces, la cruz de madera en la cual el Señor Jesucristo fue clavado y ejecutado en el monte Calvario. Esto es lo que Pablo tenía en mente cuando le dijo a los filipenses que Cristo *«se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»* (Fil. 2:8). Ésta no es la cruz en la cual se gloriaba el apóstol. Él se hubiera horrorizado ante la idea de gloriarse en un simple tronco de madera.

Cuando la Biblia usa la expresión «la cruz», a veces, se refiere a las aflicciones y pruebas que los creyentes en Cristo tienen que sufrir por seguir fielmente a Cristo. Este es el sentido en que nuestro Señor usa la palabra en Mateo 10:38 diciendo: *«El que no toma su cruz y*

sigue en pos de mí, no es digno de mí». Este no es tampoco el sentido en que Pablo usa la palabra cuando escribe a los gálatas. Él conocía bien esta cruz; la cargaba con paciencia; pero no es ella a la cual se refiere aquí.

La cruz significa también, en algunos lugares, la doctrina de que Cristo murió por nuestros pecados en la cruz; la expiación que realizó por los pecadores sufriendo por ellos en la cruz: el sacrificio completo y perfecto por el pecado que ofreció cuando entregó su propio cuerpo para ser crucificado.

En suma, en esta frase específica, «*la cruz*», se refiere a Cristo crucificado: el único Salvador.

Este es el sentido en el cual Pablo usa la expresión cuando le dice a los corintios: «*La palabra de la cruz es locura a los que se pierden*» (1 Cor. 1:18).

En el mismo sentido la usó cuando les escribió a los gálatas: «*Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz*» (Gál. 6:14). O sea, «no me glorio en nada, sino en Cristo crucificado, quien logró desde la cruz, la salvación de mi alma».

Jesucristo crucificado era el gozo y deleite, la esperanza y la confianza, el fundamento y el lugar de descanso,

el arca y el refugio, el alimento y el remedio para el alma de Pablo. No pensaba en lo que él mismo había hecho ni en lo que él mismo sufría. No meditaba en su propia bondad, y su propia justicia y rectitud. Amaba pensar en lo que Cristo había hecho, la justicia de Cristo, la expiación de Cristo, la sangre de Cristo, la obra consumada de Cristo. En esto era que se gloraba. Esto era el sol de su alma.

Este es el tema sobre el cual amaba predicar. Era un hombre que iba y venía por la tierra proclamando a los pecadores que el Hijo de Dios había derramado su propia sangre para salvar sus almas. Caminaba por todas partes para decirle a la gente que Jesucristo los amaba y había muerto por los pecados de ellos en la cruz.

El tema de su predicación y de su vida

Notemos cómo dice a los corintios: «*Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados*» (1 Cor. 15:3). «*Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado*» (1 Cor. 2:2). Él, un fariseo y perseguidor de la iglesia, había sido lavado en la sangre de Cristo. No podía

quedarse callado. No se cansaba de contar la historia de la cruz.

Éste es el tema que amaba abordar cuando escribía a los creyentes. Es maravilloso observar cómo, por lo general, abunda en sus epístolas, el tema de los sufrimientos y la muerte de Cristo. Su corazón parece lleno del tema. Lo enfatiza constantemente; vuelve a él una y otra vez. Es el hilo de oro que se entrelaza en toda su enseñanza doctrinal y exhortaciones prácticas. Parece pensar que el cristiano más avanzado nunca puede oír demasiado acerca de la cruz.

Esto fue gran parte de la razón de su vida, a partir del momento de su conversión. Les dice a los gálatas: «Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál. 2:20).

¿Qué le dio tantas fuerzas para esforzarse? ¿Qué le dio tanta disposición para trabajar? ¿Qué le dio tanta tenacidad en su empeño por salvar a algunos? ¿Qué lo hizo tan perseverante y paciente?

Les diré el secreto. Se mantenía siempre alimentado por su fe en el cuerpo de Cristo y la sangre de Cristo. Jesús crucificado era la carne y la bebida de su alma.

La verdad angular de toda la Escritura

Y podemos estar seguros de que Pablo tenía razón: La cruz de Cristo «la muerte de Cristo en la cruz para hacer expiación por los pecadores» es la verdad central en toda la Biblia. Esta es la verdad con la que comenzamos cuando leemos Génesis.

La simiente de la mujer hiriendo la cabeza de la serpiente no es otra cosa que una profecía de Cristo crucificado. Esta es la verdad que brilla, aunque velada a lo largo de la Ley de Moisés y la historia de los judíos. El sacrificio diario, el cordeiro pascual, el continuo derramamiento de sangre en el tabernáculo y el templo; todos estos son emblemas de Cristo crucificado.

Esta es la verdad que vemos honrada en la visión del cielo antes de cerrar el libro de Apocalipsis. Nos dice que «en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado» (Ap. 5:6). Aun en medio de la gloria celestial, vislumbramos a Cristo crucificado. Quite la cruz de Cristo de la Biblia y se convierte en un libro oscuro. Es como los jeroglíficos egipcios sin la clave para interpretar su significado: interesante y

maravilloso, pero sin ningún provecho práctico.

Preste atención cada lector de este texto a lo que digo. Usted puede saber mucho acerca de la Biblia. Puede conocer a grandes rasgos las historias que contiene y las fechas de los eventos descritos como alguien puede conocer la historia de Inglaterra. Es probable que sepa usted el nombre de los hombres y las mujeres mencionados, así como cualquiera puede saber de César Augusto, Alejandro el Grande o Napoleón. Es probable que conozca varios preceptos de la Biblia y los admire, tal como admira a Platón, Aristóteles o a Séneca.

Pero, si usted todavía no sabe que Cristo crucificado es el fundamento de todas las Escrituras, hasta ahora ha estado leyendo con muy poco provecho. Su religión es un cielo sin sol, un edificio sin cimientos, un arco sin piedra clave, una brújula sin aguja, un reloj sin péndulo, una lámpara sin aceite. No le consolará; no salvará su alma del infierno.

Lo repito, preste atención a lo que digo. Puede usted saber mucho de Cristo, por una especie de conocimiento mental. Puede saber quién fue, cuándo nació y lo que hizo.

No nos avergoncemos de las sendas antiguas en las que caminaban los hombres que eran inspirados por el Espíritu Santo.

Puede conocer sus milagros, sus dichos, sus profecías y sus ordenanzas. Puede saber cómo vivió, cómo sufrió y cómo murió.

Pero, a menos que conozca por experiencia el poder de la cruz de Cristo, a menos que conozca y sienta en su interior que la sangre derramada en aquella cruz fue para salvar sus pecados particulares, a menos que esté dispuesto a confesar que su salvación depende enteramente de la obra que Cristo cumplió en la cruz; a menos que éste sea su caso, Cristo no será de ningún provecho para usted.

Simplemente conocer el nombre de Cristo nunca lo salvará. Tiene que

conocer su cruz y su sangre, de lo contrario, morirá en sus pecados.

Mientras viva, cuídese de una religión en que hay poco de la cruz. Vivimos en un tiempo en que, lamentablemente, se necesita esta advertencia. Absténgase, vuelvo a decir, de practicar una religión sin la cruz.

Volviendo a las sendas antiguas

Hay cientos de lugares de adoración en esta época en los cuales encontrará de todo, menos la cruz. Hay madera tallada y piedra esculpida; hay vitrales y pinturas espectaculares; hay servicios solemnes y gran cantidad de ordenanzas; pero no hay allí nada de la cruz de Cristo.

No se proclama desde el púlpito a Cristo crucificado. El Cordero de Dios no es levantado y no es proclamada libremente la salvación por fe en él. Y, en consecuencia,

todo es un error. Evite tales sitios. No son apostólicos. Nunca le habrían dado satisfacción al Apóstol.

Pablo no se gloría en nada fuera de la cruz. Esforcémonos por ser como él. ¡Coloquemos a Cristo crucificado a la vista de nuestra alma! No escuchemos ninguna enseñanza que se interponga entre nosotros y él. No caigamos en el viejo error de los gálatas; no pensemos que hay alguien mejor que lo que eran los apóstoles.

No nos avergoncemos de las sendas antiguas en las que caminaban los hombres que eran inspirados por el Espíritu Santo. Las iglesias, los pastores y las ordenanzas son todos útiles a su manera; pero no son Cristo crucificado. No demos a otro el honor que le corresponde a Cristo. «*Mas el que se gloría, gloríese en el Señor*» (2 Cor. 10:17).

Tomado de banneroftruth.org

La gloria de mi cruz

Dios mío, yo nunca te he dado gracias por mi agujón. Te he agradecido mil veces por mis rosas, pero ni una vez por mi espina.

He estado buscando un mundo donde reciba compensación para mi cruz, pero nunca he pensado en mi propia cruz como una gloria presente en sí misma.

Enséñame la gloria de mi cruz. Enséñame el valor de mi espina. Muéstrame que he ascendido hacia ti por el camino del dolor.

George Matheson (1842-1906), el predicador ciego.

Y aquel Verbo fue hecho carne

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Juan capítulo 1

La sublimidad de este capítulo debe ser reconocida por cualquiera persona inteligente que lo haya leído una vez; su profundo significado crecerá a medida que se lea y se medite.

Se divide en tres partes. Los primeros dieciocho versículos forman lo que hemos dado en llamar el prólogo. Es incuestionablemente el exordio, que al mismo tiempo que introduce lo que va a seguir, resume las consecuencias de lo que está apuntado posteriormente. Del versículo 19 al 34, tenemos el ministerio preliminar de Juan el Bautista, el heraldo del Verbo; y del 35 hasta el fin del capítulo, los incidentes de los tres primeros días del ministerio terrenal del Señor Jesucristo.

A fin de tener una idea aproximadamente correcta del valor del pró-

logo, es necesario que lo sometamos a un análisis cuidadoso, distinguiendo entre aquello que es fundamental, y aquello que es secundario o subordinado. Haciéndolo así descubrimos que podemos unir los versículos 1, 14 y 18 que nos introducen realmente al estudio del libro; ya que resumen —o tal vez sería mejor decir, revelan—, el secreto de todo lo que sigue.

Un paréntesis inicial

Echando una mirada al versículo 14, descubrimos algunas palabras entre paréntesis; así se encuentran en todas las grandes versiones, e incuestionablemente así deben estar colocadas; ya que constituyen un paréntesis que se aparta de la declaración principal.

Los versículos 2 al 13 constituyen otro paréntesis; y todavía tenemos

uno más en los versículos 15 al 17. De esta manera, en los dieciocho versículos, tenemos tres paréntesis; es importante que reconozcamos que los paréntesis están en su lugar y que tienen un significado muy amplio; pero, no obstante, constituyen una desviación del tema principal.

Acerca del autor

Estamos procediendo bajo la suposición, sin prueba, de que este libro fue escrito por Juan, el discípulo y apóstol de nuestro Señor. Cuando yo era joven, se afirmaba confiadamente que no podía haber sido escrito por Juan, y que había sido escrito por lo menos doscientos años después de los acontecimientos. Es interesante recordar que los más recientes descubrimientos de críticos competentes, lo colocan en una fecha mucho más temprana. Burney considera que no fue escrito después del año 75 A.D.; y Torrey, en su libro más reciente, todavía le señala una fecha anterior.

La única cosa, sin embargo, en que todos están de acuerdo, es que fue el Evangelio que se escribió último. Podemos entonces suponer que Juan leyó los escritos de sus compañeros de apostolado, Mateo, Marcos y Lucas. Sin embargo, dire-

mos que treinta o cuarenta años después de la crucifixión, Juan, reflexionando en aquellos días que recordaba perfectamente, seleccionó ciertos hechos destacados en la vida y ministerio de nuestro Señor; y su tratado se abre con lo que él consideró el resumen de todos los hechos de Jesús.

Es posible que este prólogo haya sido lo último que escribió; que, habiendo completado su bosquejo, haya terminado anotando estos descubrimientos finales sobre la persona de nuestro Señor; esto no es de ninguna manera seguro, y solo lo exponemos por vía de sugerición.

En el Evangelio escrito por Mateo podemos contemplar a Jesús como Rey; en el que salió de la pluma de Marcos, como el Siervo del Señor; en el Evangelio de Lucas, como el Hombre arquetipo de Dios, en toda la perfección de su personalidad; al llegar al Evangelio de Juan es como si él nos dijera: Veamos quién es realmente este Rey; quién es este Siervo del Señor; quién es este Hombre revelado en gloria terrenal; y a renglón seguido nos proporciona la respuesta en la declaración principal del prólogo, que muy bien puede exponerse omitiendo los paréntesis:

Tres declaraciones claves

«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios ... y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad ... A Dios nadie le vio jamás: el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer».

Hagamos de estas palabras un examen en detalle. En el versículo primero hay tres declaraciones bien claras: «En el principio era el Verbo ... El Verbo era con Dios ... El Verbo era Dios».

Esta triple declaración pudo haber sido escrita por alguien que nunca hubiera visto u oído a Jesús; hay quienes afirman que el tenor de estas declaraciones es el resultado de la influencia de la filosofía griega sobre Juan. Por ahora no acepto tal punto de vista. Tales afirmaciones están en completo acuerdo con la filosofía hebrea; admito que un filósofo griego pudo haberlas escrito, pero insisto en que están muy de acuerdo con el punto de vista de la filosofía hebrea. La filosofía hebrea nunca principia haciendo una pregunta, sino una afirmación. Ella suponía el hecho de que Dios es; además, la suposición fue el resultado de un proceso de pensamiento, y el pensamiento del filósofo se

movió a lo largo de estos límites. Cada fenómeno es la expresión del pensamiento. El pensamiento presupone un Ser que piensa; tal Ser que piensa es llamado Dios.

Esta filosofía respalda las frases del principio. «En el principio era el Verbo», es decir, el Verbo como sabiduría, pensamiento, concepto. «Y el Verbo era con Dios», es decir, el concepto demanda Alguien que lo conciba, y ese Alguien es llamado Dios. «Y el Verbo era Dios», es decir, el pensamiento y el que lo concibe son necesariamente uno en esencia.

Pasando al versículo 14 leemos primero: «Y aquel Verbo fue hecho carne». Ningún filósofo griego pudo imaginar algo semejante; ningún filósofo hebreo, basándose únicamente en su pensamiento filosófico, pudo hacer o pudo tener tal conclusión, por mera deducción. Es ésta la narración de un acontecimiento, de algo que tuvo lugar; de algo que se introdujo inesperadamente en la vida humana y en la historia humana de una nueva realidad.

Hay realmente tres afirmaciones en este versículo, aunque no tan clara y perfectamente definidas como en el primero. Si ponemos el sujeto en las dos últimas, y el sujeto y el pre-

Juan el Bautista anuncio de manera definida el cumplimiento de la profecía de Isaías con respecto al Mesías, reclamando ser la Voz que anunciaba Su venida.

dicado en la otra, podemos expresarlas así:

«*El Verbo fue hecho carne ... El Verbo plantó su tienda entre nosotros ... El Verbo fue lleno de gracia y de verdad*». Aquí tenemos un resumen del misterio central y de la revelación de la fe cristiana.

Pasando al versículo 18 leemos: «*A Dios nadie le vio jamás*». Tanto la filosofía griega como la hebrea estarían en perfecto acuerdo con esta afirmación. Luego el versículo continúa: «*El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*». Es este el resumen del resultado del acontecimiento a que se ha hecho mención: que aquel Verbo se hizo carne.

La correlación de todas estas afirmaciones es notable. Tomando las del versículo 1 y las del 14,

expresémoslas de tal manera que las tres del versículo 14 correspondan a las tres del versículo 1:

«*En el principio era el Verbo*».

«*Y el Verbo fue hecho carne*».

«*Y el Verbo era con Dios*».

«*Y el Verbo habitó entre nosotros*».

«*Y el Verbo era Dios*».

«*Y el Verbo... era lleno de gracia y de verdad*»

Observemos la relación entre la primera parte del versículo 18 y el versículo 1, y la segunda parte del versículo 18 y el versículo 14.

«*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*».

«*A Dios nadie le vio jamás*».

«*Aquel Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros ... lleno de gracia y de verdad*».

«*El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*».

Dos creaciones

Si examinamos el paréntesis encontraremos la relación que guarda con la declaración principal. Después de la afirmación filosófica del versículo 1, el escritor se desvía para mostrar la relación que tiene el Verbo con dos creaciones. Refiriéndose a la creación original, dice: «*Este era en el principio con Dios*», agregan-

do que «*Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*».

La idea es que la creación original y la creación progresiva, han estado bajo la intervención del Verbo. Además de eso Juan dice que en Él estaba la vida, es decir, toda la vida; siendo el elemento distintivo de la vida en el hombre: la luz. Tal es un resumen, muy incompleto, de las declaraciones con respecto a la relación del Verbo con la primera creación.

Luego viene una afirmación que nos pone frente a una nueva creación. Se dice que el Verbo estaba en el mundo, y que el mundo no le conoció. Se alude al ministerio de Juan el Bautista como uno que tuvo por objeto dar testimonio de la Luz que alumbría a todos los hombres. La alusión se encuentra en las palabras: «*Aquella luz verdadera ... veía a este mundo*».

En otras palabras, la Luz que no había sido percibida o extinguida, estaba siendo visible. Aun cuando se manifestó en Su propio mundo, los suyos no le recibieron; no obstante, su llegada fue una llegada victoriosa; aquellos que le recibieron creyendo en Su nombre, nacieron a una vida nueva. De esta manera,

el paréntesis se refiere al Verbo tanto en relación con la primera creación, como con la nueva.

El paréntesis breve de la mitad del versículo 14 fue evidentemente una exclamación de parte del escritor refiriéndose a lo que estaba contemplando. La visión fue de gloria, gloria de la misma esencia del Padre, descrita en una frase plena y completa: «*lleno de gracia y de verdad*».

En el paréntesis final encontramos la reunión y la fusión de dos testigos. El primero es Juan el heraldo; el segundo es Juan el evangelista. En su testimonio están unidos; el heraldo completa el testimonio del pasado; el apóstol expresa el testimonio de una nueva economía.

Resumiendo: en el versículo 1 se hace una declaración sobre los acontecimientos eternos; en el versículo 14 se registra una revelación temporal de los mismos acontecimientos; y en el versículo 18 se hace una declaración sobre el valor de esa revelación temporal de los acontecimientos eternos.

Juan el heraldo

Luego el escritor registró en forma condensada el ministerio del heraldo, consistiendo su valor principal

en lo que dicho heraldo dijo de sí mismo en respuesta a las preguntas que le hicieron aquellos que temían alguna posición oficial. Prime-
ro afirmó: «*Yo no soy el Cristo*». Respondiendo a la siguiente pre-
gunta: «*¿Eres tú Elías?*», dijo: «*No soy*». Cuando después le preguntaron: «*¿Eres tú el profeta?*», él con-
testó: «*No*».

Estas respuestas les hicieron pre-
guntar: «*¿Pues quién eres? ... ¿Qué dices de ti mismo?*». Por toda res-
puesta él citó, a estos doctores de
la ley que debían estar familiariza-
dos con sus Escrituras sagradas, las
palabras: «*Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías*».

Con esta cita, Juan el Bautista anun-
ció de una manera definida el cum-
plimiento de la profecía de Isaías
con respecto al Mesías, reclamando
ser la Voz que anuncia la ve-
nida del Verbo.

Un día después identificó formal-
mente a Jesús como el Mesías, con
aquellos palabras: «*He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*». La relación de esto con la
profecía de Isaías es muy significa-
tiva. Si estos hombres se hubieran
fijado en dicha profecía, hubieran

descubierto que la Voz anunciaaba
el advenimiento del Siervo del Se-
ñor, y que el retrato de dicho Sier-
vo con todos sus rasgos se encon-
traba en el capítulo 52. De esta
manera el heraldo manifestó que
Aquel que se describe en el prólo-
go como «el Verbo que fue hecho
carne», es «el Cordero de Dios que
quita el pecado del mundo».

El resto del capítulo se ocupa de
incidentes ocurridos durante los
tres días siguientes, y señalados cla-
ramente por el escritor. «*El siguien-
te día*», es decir, un día después de
que el heraldo había identificado
públicamente a Jesús como el
Mesías, se le ve conversando con
dos de sus discípulos cuando Jesús
andaba por allí; Juan lo señaló de
nuevo diciendo: «*He aquí el Cordero
de Dios*». Inmediatamente sus
dos discípulos le dejaron y se fue-
ron tras Jesús.

Los primeros seguidores

En el resto de la narración contem-
plamos a cinco hombres: Andrés y
Juan, Simón, Felipe y Natanael.

Estos fueron los primeros segui-
dores del Mesías. No está dentro del
propósito del estudio de este capí-
tulo tratar en detalle esta historia
maravillosa; echando una rápida
ojeada sobre ella, nos damos cuen-

ta de las diferencias que había entre estos hombres.

Andrés, alma fuerte, y resuelto a investigar, mostrando interés por su hermano; Juan, el poeta, el soñador, el escritor de esta narración; Simón, un hombre sencillo, con todas las cosas esenciales de la naturaleza humana en su personalidad, pero sin el principio capaz de soldar los elementos dispersos para hacer algo fuerte y resistente; Felipe, el hombre reposado y discreto, como acontecimientos subsecuentes lo comprueban, capaz de pensar en grandes cosas pero sin poder expresarlas fácilmente, y Natanael, un hombre caracterizado perfectamente por Jesús, como uno en quien no hay engaño.

La historia del capítulo sigue adelante con sublime sencillez. El Verbo hecho carne, habitando en forma humana, va por el sendero del servicio terrenal sin ruido de trompetas, tomando las cosas como vienen; entrando en contacto con la naturaleza humana, y principiando la enorme tarea de producir con ella una nueva creación.

Primeras palabras

Si le seguimos durante estos tres días, le escuchamos palabras como éstas: «*¿Qué buscáis?*». «*Venid y*

ved». «*Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas*». «*Sígueme*». «*He aquí un verdadero israelita en el cual no hay engaño*». «*Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera te vi*». «*¿Porque te dije, te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que éstas verás ... De cierto, de cierto os digo de aquí adelante veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre*».

Siete frases anotadas, dichas a Andrés y a Juan, a Simón, a Felipe y a Natanael. Estudien muy cuidadosamente estas primeras palabras salidas de los labios del Verbo hecho carne en la iniciación de su ministerio público. En el breve examen que estamos haciendo del capítulo, no podemos hacer más que respirar su atmósfera y recoger una leve impresión de su gloria.

Volvámonos, en conclusión, a la declaración central del prólogo: «*El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros ... lleno de gracia y de verdad*».

En esas palabras tenemos, en algunos sentidos, una declaración completa de la fe cristiana. La enseñanza de Jesús fue, por supuesto, de suprema importancia; Sus hechos fueron también de profunda signi-

ficación; la Cruz de Cristo juntamente con la resurrección es algo céntrico y final en la fe cristiana.

Sin embargo, el asunto de más importancia, es saber: ¿Quién es el que enseñó, y obró, y murió, y resucitó? ¿Quién expuso la enseñanza? ¿Quién obró las maravillas? ¿Quién fue al Calvario? Es solamente cuando reconocemos que él fue aquel «Verbo hecho carne», cuando sentimos todo el peso de su enseñanza; o nos damos cuenta del valor de sus hechos; o podemos interpretar su Cruz y su resurrección.

Este fue ciertamente: «Dios visto y oído en forma manifiesta, y el Amado del cielo». Tal es el hecho más profundo de la fe cristiana.

Una visión poética

Cuando los hombres comienzan a tratar de dar razón del cristianismo en términos científicos y de especulación filosófica, deben estar totalmente desconcertados.

No es posible que lo Infinito pueda ser aprehendido por el pensamiento finito; algunas veces los poetas proceden mejor que los filósofos, aunque podamos hacerles el cargo de que usan mucho la imaginación. Y pensando en esto, me atrevo a concluir citando a *George Herbert* (1593-1633), que escribiera aque-

llos versos de tanta belleza imaginativa, pero para mí, llenos de sugerencia iluminadora:

¿No has escuchado nunca que mi Señor murió?

Entonces, una historia muy rara te diré:

*Un día, mientras paseaba el poderoso Dios
envuelto entre ropajes de gloria y
de esplendor,
al mundo de los hombres decidió
descender.*

*Al ir rumbo a la tierra despojándose
se fue*

*de los regios ropajes que en el cielo
vistió.*

*Les dejó a las estrellas su diadema
de luz;*

*le dio su lanza al fuego; su arco a la
nube dio,*

y su manto azulado al cielo le dejó.

*Cuando ellos preguntaron: «¿Qué
dejas para ti?».*

*Mientras se iba alejando, dulce-
mente sonrió.*

*«Nada dejo», les dijo; «en el mun-
do del hombre
tengo vestidos nuevos con que me
vestiré».*

«Y aquel Verbo fue hecho carne».

Tomado de:

Grandes Capítulos de la Biblia

Tomo 2.

El ascetismo

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:2-3).

El ascetismo no se encuentra en el cristianismo

Cuando alguien ha creído en el Señor, puede inconscientemente llevar la idea del ascetismo a la iglesia. En el pasado, aunque no lo hubiera practicado, él admiraba a los ascetas. Sin embargo, al mismo tiempo, el incrédulo era también materialista. Así que ahora le es fácil llevar al cristianismo su admiración por el ascetismo, pensando que ahora realmente lo practicará.

I. Despreciar las cosas materiales y suprimir las pasiones

¿Qué se entiende realmente por ascetismo? Para muchas personas, el ascetismo significa la prohibición de las cosas materiales. Cuantas menos cosas materiales posean, mejores serán. Esto se debe a que

temen que estas cosas externas acrecienten sus pasiones y deseos.

La persona ascética reconoce que dentro del hombre hay lascivias y pasiones. Él capta que, desde la lujuria por la comida hasta la lujuria por el sexo, todo tipo de concupiscencia es inherente al hombre. La sensualidad es compartida y consentida por la gente del mundo. Si alguien desea ser un hombre santo, debe vencer estos deseos y pasiones. Por lo tanto, el ascetismo desprecia las cosas materiales exteriores y reprime las interiores como las lascivias y las pasiones.

2. No es defendido por el cristianismo

Los nuevos creyentes deben saber que la fe cristiana no apoya el ascetismo. Cuán superficial sería la fe si esto fuera lo que ella representa.

Al estudiar un poco más la Biblia, podemos ver que realmente el ascetismo no es nada más que un intento de reprimirse en la comida y la bebida, en la lujuria y las pasiones, y en otras cosas materiales. Esto no es fe cristiana ni es la vida cristiana ideal. De hecho, la Biblia nunca respalda el ascetismo.

Muertos a las filosofías del mundo

«Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne» (Col. 2:20-23). «Rudimentos» en el versículo 20 debe traducirse como «filosofías».

I. Muertos juntamente con Cristo

Cuando Pablo escribe a los creyentes en Colosas: «sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él», toma esto como un hecho cristiano fundamental. Nosotros, que somos cristianos, hemos muerto con Cristo.

Todo el Nuevo Testamento nos muestra que cada cristiano ha muerto con Cristo. Romanos 6 nos informa que «*nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él*» (v. 6). Gálatas 2 afirma categóricamente: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado*» (v. 20).

La misma carta afirma que «*los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*» (5:24). La Biblia nos enseña que los cristianos fuimos crucificados con Cristo. En otras palabras, la cruz del Calvario, la cruz de Cristo, es la cruz del creyente. El punto de partida para un cristiano es la cruz, no solo la cruz de Cristo, sino también nuestra propia cruz. Al recibir a Cristo, su cruz se convierte en nuestra cruz. Aquel que no ha aceptado el hecho de la cruz no es cristiano. Para aquel que se ha convertido en cristiano, la cruz de Cristo también se ha convertido en un hecho, es decir, él ha muerto en Cristo.

2. No a la filosofía del mundo

«Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos (filosofía) del mundo...» (Col. 2:20). Nadie que esté en la tumba puede ser un filósofo. Si alguien desea hablar de filosofía, debe hacerlo mientras vive. Para nosotros, sin embargo, la

filosofía ya está muerta en la cruz. Este asunto ya ha sido totalmente resuelto, porque la filosofía del mundo enseña que la santidad puede alcanzarse abandonando las cosas materiales y suprimiendo los deseos y pasiones interiores.

Pablo, sin embargo, dice que, si has muerto con Cristo a la filosofía del mundo, ya no estás involucrado con tal jerga filosófica.

3. Como si no estuviéramos viviendo en el mundo

«Si habéis muerto con Cristo en cuanto a la filosofía del mundo», pregunta Pablo, *«¿por qué actuáis como si vivieseis en el mundo?».* Si la muerte es un hecho, no puedes vivir como la gente del mundo. La posición básica de un cristiano es la muerte.

Pregúntele a un nuevo creyente por qué fue bautizado, si no fuera porque él ha muerto. El hombre debe morir antes de ser enterrado; si no, sería enterrado vivo. Alguien es bautizado porque ha sido crucificado con Cristo; por lo tanto, está sepultado. La muerte juntamente con Cristo ya es un hecho. El Señor ya ha incluido al nuevo creyente en Su muerte; ahora, como se declara en el bautismo, el creyente ve que él está muerto, y entonces acepta ser

Aun aquellos que más practican el ascetismo son a veces los más llenos de deseos y pasiones. Solo quien está lleno de Cristo está libre de este problema.

enterrado. Entonces, habiendo creído y sido bautizado, habiendo muerto y sido enterrado, ¿cómo podría volver a ser como si viviera en el mundo?

A través de Pablo, vemos que aquellos que practican el ascetismo aún viven en el mundo.

Por lo tanto, él nos dice: *«Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques?»* (Col. 2:20-21).

Según la enseñanza ascética, hay cosas que no deben probarse ni comerse, manipularse o incluso tocarse. Tales ordenanzas se originan en el temor de las pasiones carnales del hombre.

En el tiempo en que Pablo escribió, el ascetismo estaba floreciendo en

Colosas. Muchas ordenanzas eran practicadas por los colosenses. Para que no se despertaran sus deseos, prohibieron el uso de todas las cosas que pudieran incitar a las pasiones. Había cosas que ellos no debían manejar, otras que no debían tocar, otras que no podían saborear y otras que no podían oír.

Por medio de estas estrictas ordenanzas esperaban mantener las cosas materiales separadas de las pasiones y los deseos. La idea de aquellos días era que mediante tal separación se controlaba la lujuria.

Pablo, sin embargo, les reprocha que estar sujetos a tales ordenanzas significa no creer en el hecho de haber sido crucificados con Cristo.

Si crees que has muerto, ¿deberías tener tales prohibiciones? El ascetismo tiene derecho solo sobre los vivos, no sobre los muertos.

Recuerda, «*los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*» (Gál. 5:24). Si te unes al concepto humano de huir de la materia y el deseo, no estás parado en terreno cristiano; no has conquistado el terreno de la muerte. Nadie puede ser un cristiano sin muerte, sin haber muerto con Cristo. No nos equivocemos en este punto.

4. No a los preceptos y doctrinas de los hombres

Todas estas ordenanzas, todos estos requisitos ascéticos, solo siguen los preceptos de los hombres; son un producto de la mente humana. Son del hombre y no están relacionados con Cristo y su iglesia. La gente puede decir: «No debería comer esto, no debería tocar aquello». Pero recordemos, estos son los mandamientos de hombres, enseñanzas de hombres. Ellos no son de Dios.

La conclusión de Pablo, afirmando categóricamente que estos son mandamientos y enseñanzas de hombres, es seria. Su conclusión es que el ideal de vida del hombre, al estar construido sobre conceptos y ordenanzas humanas, no tiene ninguna relación con Dios.

Sorprendentemente, el mundo disfruta del ascetismo – parece noble que alguien no coma y beba como lo hace la gente común. Tal persona debe purificarse para estar libre de las cosas materiales que enredan a otros. Pero el ascetismo es religión natural, no fe cristiana revelada. La religión natural sigue los preceptos y doctrinas de los hombres en los que no hay ni luz ni revelación, solo la reacción humana contra la pasión

y los deseos carnales. De hecho, el ascetismo muestra cuán profundamente el hombre sabe que sus pasiones y lujurias son contaminantes.

5. El ascetismo es inoperante

¿Cómo juzga Pablo la efectividad del ascetismo? Son «*cosas que todas se destruyen con el uso*» (Col. 2:22). El ascetismo es un tema agradable de oír, y suena bien como una filosofía de la cual se puede hablar. Pero si intentas usarlo, es como un automóvil que se ve bien en el lugar de estacionamiento, pero siempre se detiene en la calle. O se puede comparar con un vestido que luce hermoso en el armario, pero aparece lleno de agujeros cuando alguien se lo pone. Si pruebas el ascetismo, verás que no puede ayudarte a evitar tus malvados deseos y pasiones.

6. Buscar las cosas de arriba

«*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*» (Col.3:1-3).

Pablo comienza con la cruz y concluye con la resurrección. Ya que somos un pueblo celestial, no debemos preocuparnos por las cosas terrena-

les. Si enfatizamos estas cosas (no tocar, no gustar), aún estamos pensando en lo terrenal. Pero hemos resucitado, y como tales debemos buscar las cosas de arriba. Al ocuparnos de las cosas celestiales, los problemas terrenales se resolverán solos. Pensemos, pues, como cristianos, en las cosas celestiales, y no en cosas tales como no gustar, no tocar y no manejar.

7. No abstinencia, sino trascendencia

La palabra en 1 Corintios 7 es muy especial: «*Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutases; porque la apariencia de este mundo se pasa*» (v. 29-31). Tal es un cristiano; dado que el Señor que mora en él es tan grande, las cosas externas ya no importan.

Aun aquellos que más practican el ascetismo son a veces los más llenos de deseos y pasiones. Solo quien está lleno de Cristo está libre de este problema. Su vida no es abstinencia, sino trascendencia.

Traducido de «*Spiritual Excercise*», 39.